

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

EN MEMORIA DE UN BUDOKA



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

48. — El reclamo - Clark Carrados

49. — El enemigo invisible. - Lou Carrigan

50. — Yo cobro, tu callas, el paga - Ralph Barby

51. — La noche de «la Cobra». - Curtis Garland

52. — Infierno para una dama. - Curtis Garland

LOU CARRIGAN

EN MEMORIA DE UN BUDOKA

Colección ¡KIAI! n.° 53
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal; B. 38.327 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: diciembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El apartamento de Rosie estaba orientado hacia el mar en dos de las piezas: el saloncito y el dormitorio de la bella pelirroja. De pie frente a la florida terraza del dormitorio desnudo, Pat Cranston estaba contemplando la salida del sol, que se reflejaba en miles de destellos incandescentes en las aguas del Atlántico, poniendo caricias rosadas en la espuma de las olas...

Interesante tipo, Pat Cranston.

Medía cerca de metro ochenta, tenía una cintura delgadísima y, en muy visible contraste, unos hombros pasmosamente anchos. Una atlética figura muy acorde con la fina masa muscular que vibraba a cada gesto en los miembros y el tórax de Cranston. Y en las manos. Unas manos grandes, increíblemente musculadas, fortísimas. Ver a Pat Cranston desnudo era toda una lección de anatomía, de perfección muscular.

— ¿Qué haces? —le llegó la voz de Rosie, por detrás.

Pat se volvió y contempló sonriente a la muchacha desnuda, preciosa, encantadora como una muñeca, que a su vez le sonreía desde el lecho, desperezándose graciosamente.

—Estoy mirando el mar —dijo Pat.

— ¡Qué tontería! ¿Hace mucho que estás despierto?

—Un rato. He visto salir el sol.

— ¿De veras? —abrió mucho los ojos Rosie—. ¿Y qué ha pasado?

—Pues que ha salido —rió Pat—. Sólo eso.

— ¿Y cómo sale?

Pat movió la cabeza y se acercó a la cama; se sentó en el borde y deslizó un dedo por la garganta de Rosie, que emitió un gemidito de placer.

—Va apareciendo lentamente sobre el mar, llenándolo todo de luz y de color —explicó amablemente Cranston—. ¿Nunca lo has visto salir?

—Qué barbaridad, eso significaría darme un madrugón espantoso, querido.

—Deberías acostumbrarte a madrugar. Es sano, interesante y, además, fortalece el cuerpo y da tersura a la piel.

— ¿Eso es cierto? —exclamó Rosie.

—Ciertísimo —continuó la broma Pat.

— ¿Quieres decir... que mi piel no es tersa, ahora?

— ¿Quieres decir en estos momentos?

—Por ejemplo —entornó los ojos Rosie.

—Pues no sé, tendría que comprobarlo.

—Compruébalo.

Pat Cranston deslizó una mano por el torso de la muchacha lentamente. Era una piel tierna, fina; tersa sin la menor duda. Y él lo sabía perfectamente. Además, las formas de Rosie eran bellísimas; sus caderas se curvaban magníficamente, y los senos, que Cranston estaba acariciando, eran una auténtica maravilla.

—Primera calidad —diagnosticó Cranston.

Ella suspiró, puso sus manos sobre las de Pat y las apretó contra sus pechos.

—Ven —suspiró—, ven a mí...

—Tengo que marcharme...

—Oh, no —protestó ella—. ¡No! ¡Pero si es tempranísimo!

—Es cierto. Pero todavía tengo que pasar por mi apartamento antes de ir a mí...

—Eres el director y el propietario, ¿no es así? Nadie te regañará si llegas un poco más tarde...

—Sólo yo mismo —sonrió Pat—. Rosie, eres una ninfa.

— ¿Una ninfomaníaca, quieres decir? —rió ella.

—Casi, casi. Si no recuerdo mal, yo llegué contigo aquí el viernes por la noche. Me habías invitado a tomar la penúltima copa. Me pareció muy bien, así que acepté... Empezaste el torneo desnudándote para servirme la copa, porque así, dijiste, yo podría comprobar que tu piel era fina como el cristal. Así empezó el torneo... ¿Te explico lo que ha ocurrido desde la noche del viernes hasta la madrugada del lunes?

—No hace falta —susurró ella—. Lo recuerdo muy bien. ¡Ha sido maravilloso! ¡No olvidaré, nunca, estos días de prisión contigo!

—Agradable prisión —casi rió Pat—. Por fortuna, tenías provisiones de sobra, bebida, cigarrillos... Un tipo desconfiado hasta podría pensar que lo habías preparado todo para que tu lindo apartamento se cerrase como una trampa.

—Y es cierto —rió Rosie—. ¡Lo tenía preparado todo! Es que me habían dicho que... que los hombres como tú no hacían esas cosas. O sea, que no ibais con mujeres.

— ¿Eso te habían dicho? —se pasmó Cranston—. ¿Y quién fue el cretino?

—Decían que erais algo así como... monjes, o algo parecido. Pat Cranston soltó un bufido.

— ¡Monjes! Cada día me maravilla más la ignorancia de la gente, te lo aseguro. ¿Por qué demonios tienen que hablar de lo que

no entienden? Además, no tendrían que ver tantas películas de Kung Fu... En fin, espero que te hayas convencido de que soy un hombre normal...

— ¡Ah, no...! —exclamó Rosie—. ¡Nada de eso, tú no eres un hombre normal! ¡Santo cielo, eres una fiera, Pat! Una fiera... maravillosa. ¡Ha sido el fin de semana más trepidante de mi vida!

—Celebro haberte complacido, muñequita. Pero ahora, la fiera tiene que salir de la jaula, para irse a trabajar. Gracias por la copa, la cena, el desayuno, el almuerzo, la cena, más copas...

—No es verdad que vayas a irte ahora mismo y dejándome así, Pat, tan en órbita... No puedes ser tan malo...

Rosie dejó de presionar las manos de Cranston y se abrazó a su cuello, tirando de él hacia abajo, hacia ella, Cranston miró de reojo hacia la terraza. El día estaba naciendo, era, en efecto, muy temprano, así que tenía tiempo de todo. ¿Por qué no? Rosie era una amiguita encantadora, además... Y tenía los labios tan deliciosos... Y la piel tan tibia, la carne tan mullida...

Veinte minutos más tarde, Rosie no tuvo nada que oponer a que Pat Cranston abandonase el lecho y se dirigiese hacia el cuarto de baño. Ella se quedó como derretida en la cama, los ojos cerrados, sintiéndose flotar, feliz, relajada... Verdaderamente, ¿quién podía ser tan cretino como para decir que los hombres como Patrick Cranston no sabían qué hacer con una mujer en sus brazos?

De pronto, Rosie abrió los ojos y quedó unos segundos sin saber tan siquiera quién era ella. Entonces, vio el sol en la terraza, ya dorado, más alto. El apartamento estaba en silencio. No se oía la ducha, nada...

—Oh, me he quedado dormida... —exclamó—. Pat, ¿qué hora es?

Silencio.

— ¿Pat? ¡Pat! ¿Estás ahí, Pat?

* * *

Patrick Cranston abrió la puerta de su apartamento, entró y fue directo hacia el dormitorio, recorriendo el pasillo con suave naturalidad de felino, silencioso... De pronto, al pasar por delante de la entrada al saloncito, saltó hacia un lado y sus manos se colocaron ante el rostro, abiertas como garras, tensos los dedos de acero...

En el umbral del saloncito, el hombre le sonrió amistosamente. Un hombre de mediana estatura, delgado, de aspecto casi delicado, de rostro atractivo. Al verlo, cualquiera podría pensar que aquel hombre no tenía ni media bofetada, y que era incapaz de matar una mosca. Y al pensar esto, cualquiera se habría equivocado completamente.

—Soy yo —dijo—. Piedad para mi vida, tigre.

—Muy gracioso —mascculló Pat, bajando las manos—. Recuérdame que te reclame la llave que te presté. No me gustan estos sobresaltos: se pierde él ritmo cardíaco.

Eddie Mayers sonrió. ¿Perder Pat Cranston el ritmo cardíaco? ¡Este sí que era un buen chiste para empezar la semana! Pero, de pronto, Eddie recordó que la cosa no iba precisamente de chistes, y quedó súbitamente serio. Cranston captó, en seguida, el cambio de expresión en su amigo y colaborador.

— ¿Qué pasa? —murmuró.

—Tu viejo amigo Rand Alister se ha hecho el *harakiri*.

Cranston quedó como si acabase de recibir un cañonazo en el pecho. ¿Rand había hecho eso?

— ¿Cuándo? ¿Por qué? —pudo preguntar, por fin.

—Parece ser que en la noche del viernes. No sé por qué..., aunque podría explicarte una teoría al respecto. ¿Cuánto hace que no lees un periódico?

—Bastantes días... Ya sabes que toda la semana pasada estuve muy ocupado con los exámenes para impartir nuevos grados a mis alumnos... Y el viernes... ¡El viernes! ¿Se suicidó el viernes... por la noche?

—Parece evidente.

Pat entró en el saloncito, y se dejó caer en un sillón. ¡El viernes por la noche! Mientras él comenzaba a pasarlo en grande con la simpática y apasionada Rosie, su viejo amigo, su querido amigo de los mejores tiempos de la vida de Pat Cranston, se había hecho el *harakiri*. ¡Por Dios...!, ¡el *harakiri*!

Vislumbró a Eddie sentándose frente a él en otro sillón, y alzó la cabeza.

— ¿Lo dicen los periódicos? —musitó.

—Sí. Tu viejo Rand era un hombre importante, muy rico, introducido en altas esferas... Forzosamente, tenía que llamar mucho la atención. Lo que tiene más asombrado al público es el modo que ha tenido de quitarse la vida. Parece que no era muy conocida su faceta de budoka.

— ¿Qué es lo que dicen, exactamente, los periódicos?

—Tengo aquí el de ayer, que informa del suicidio... Y al leer el de ayer, me puse a buscar todos los que pude conseguir de los días anteriores, así que tengo una versión oficial bastante completa. ¿Quieres leerlos? —los señaló, sobre una mesita baja.

Pat movió negativamente la cabeza.

—Luego. Explícame tú ahora esa versión... oficial.

—Bien... La noticia sobre su suicidio es simple: el sábado por la mañana, la señorita Pamela Newman encontró el cadáver de su jefe, el señor Alister, en la cabaña que éste tiene junto a un lago. La señorita

Pamela Newman es la secretaria de Rand Alister, y éste le había dado una llave de la cabaña, por si ella que ir allí en alguna ocasión con algunos amigos, o como hacía con frecuencia, sola, para dedicarse a escribir, Parece ser que muchos fines de semana la señorita Newman se iba a la cabaña del lago, a fin da estar tranquila y escribir poesías. El sábado pasado, cuando la señorita Newman entró en la cabaña, encontró a Rand Alister caído de bruces en el piso, frente a la Chimenea; tenía un cuchillo en las manos ensangrentar das, y al darle la vuelta, la señorita Newman casi se desmayó al ver el estropicio en su estómago. Por la descripción que se hace en los periódicos de la herida de Alister, nosotros sabemos que se ha hecho el *harakiri*. O el *seppuku*, si prefieres que emplee la definición más correcta.

— ¿Qué más da ya? —susurró Pat.

—Claro. Bien, la señorita Newman, cuando pudo reponerse, se apresuró a avisar a la policía, y todo lo demás supongo que no hace falta que te lo explique con detalle. Dado el sorprendente modo de morir de Rand Alister, la policía, naturalmente, solicitó la autopsia, que no aportó nada nuevo. Y esta tarde, Rand Alister será enterrado en Nueva York.

—Iré allá. ¿Puedes hacerte cargo del dojo hasta mi regreso?

—Naturalmente. Me las arreglaré para compaginar mis clases de Aikido con las tuyas de Judo y Karate. Por eso no te preocupes.

—Gracias. ¿Qué más dice la versión oficial?

—No te va a gustar —masculló Eddie Mayers.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no va a gustarme?

—Enterarte de algunas cosas.

— ¿Qué cosas?

—HMC... Bueno, parece ser que los motivos que tenía Rand Alister para suicidarse eran los remordimientos, o algo parecido.

— ¿Remordimientos? ¡Rand jamás hizo, en su vida, nada que pudiese ocasionarle remordimientos!

—No lo hizo él, exactamente... Será mejor que lo explique con orden, para que no te hagas un lío. Y recuerda que ésta es la versión oficial dada por la policía. ¿Durante la semana pasada ni siquiera leíste lo del asesinato múltiple en un chalé de recreo, cerca de Bridgeport?

—No, no sé nada de eso.

—Tu amigo Rand, junto con otras personas, fue a pasar un rato de diversión a ese chalé, que es propiedad de un tal Darren Somerset, otro millonario, como Alister. Además de ellos dos, fueron cuatro hombres más, todos ellos personajes importantes en un sentido u otro... Si no recuerdo mal, sus nombres son: Nelson Carawan, Edgar Fowler, Charles Welby y Aston Dickers. Seis hombres importantes, en total. Se llevaron seis preciosas chicas.

— ¿Una orgía? —parpadeó Cranston.

—Se supone que ésa era la idea. Pero la orgía no llegó a realizarse: antes, los mataron a todos..., menos a Rand Alister y a Darren Somerset, el propietario del chalé.

— ¿Mataron a esos cuatro hombres y a las seis putas?

—Rameras de lujo —corrigió, sonriendo secamente, Eddie—. Sí, se los cargaron a todos: diez personas asesinadas, Pat. Rand Alister y Darren Somerset se salvaron de milagro. Mejor dicho: fue una casualidad. Resulta que cuando estaban comenzando la fiesta, Darren Somerset dijo que tenía un coche nuevo, máximo lujo. Rand Alister se interesó por el nuevo coche...

—Sí... Siempre le gustaron mucho los motores, y todas esas cosas...

—Todo encaja. El caso es que mientras la fiesta comenzaba a animarse, Alister pidió a Somerset que le dejase probar su coche, a lo que Somerset accedió encantado. Salieron del chalé, se metieron en el coche, Alister al volante, y se fueron a dar una vuelta... Poco rato. Unos quince ó veinte minutos. Cuando regresaron, dispuestos a pasarlo bien, se encontraron a todos muertos.

— ¿De qué modo?

—Estrangulados, acuchillados; un par de chicas tenían el cuello roto... Horrible, Pat. Parece ser que quienes hicieron eso llegaron sin armas. Quizá ni siquiera tenían intención de cometer esa salvajada, y sólo querían divertirse un poco, d robar a quienes tan bien lo estaban pasando. Llegaron a pie, aunque se supone que, para no llamar la atención habían dejado un coche o algunas motocicletas alejadas del chalé... No se sabe cómo pudieron ponerse las cosas tan al rojo vivo..., pero sí se sabe cómo terminaron: los asaltantes comenzaron a golpearlos a todos, y a acuchillarlos utilizando lo que encontraron a mano allí mismo, en el chalé. Es decir, que utilizaron cuchillos, tenedores, botellas, bandejas... Cosas que se encuentran normalmente en una fiesta, donde se come y se bebe mientras se van calentando los ánimos. Bueno, Pat, cualquiera preferiría morir de un tiro, te lo aseguro. Es la salvajada criminal más atroz de que se tiene noticia en el país. Date cuenta: diez personas asesinadas brutalmente, a golpes, cuchilladas, botellazos, arañazos, con el cuello roto... ¡Por Dios, no sé cómo se han atrevido a hacer una descripción así en los periódicos!

—La obligación de los periodistas es contar las cosas —murmuró Cranston—. ¿Qué más pasó?

— ¿Más? —respingó Eddie—. Bueno, les robaron a todos lo que tenían de valor encima, y se fueron. Llegaron Alister y Somerset, se encontraron con aquel cuadro, y cuando consiguieron reaccionar avisaron a la policía, y ésta al FBI. Están lodos lanzados en busca de ese grupo de bestias criminales.

—Es lógico. Y seguramente, los encontrarán… Pero no me has dicho por qué se ha hecho Randolph el *harakiri*.

—Creí que lo habías comprendido, porque ya te he dicho que fueron remordimientos o algo así. Naturalmente, tanto él como Somerset estuvieron un par de días a disposición de la policía. Luego, los dejaron marchar. Somerset se dedicó a sus cosas, más o menos sereno. Rand Alister, al decir de quienes lo trataron esos días posteriores a la masacre, parecía vivir alucinado. De pronto, desapareció…, y el sábado por la mañana, la señorita

Newman lo encontró en la cabaña junto al lago. Se dice que Rand Alister no podía soportar lo que había visto, que perdió el control de sus nervios, incluso la razón… Así que se fue a la cabaña, para estar solo… y, en un momento de desesperación, se mató.

Patrick Cranston estuvo unos segundos mirando fijamente a Eddie Mayers. Por fin, frunciendo el ceño, dijo:

—Jamás vi a Rand perder el control de sí mismo. En cuanto a su entereza de carácter, le permitía soportar lo que vio…, y cosas mucho más horribles.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Qué arma utilizó Rand para matarse?

—Un cuchillo corriente de cocina, de la cabaña… Quiero decir que el arma ya estaba allí, claro. Debió ir para intentar serenarse en soledad, pero consiguió todo lo contrario: obsesionarse. ¿No crees que pudo ser así?

—Tratándose de Rand, no. Vamos, Eddie… Es cierto que tú no lo conocías, pero yo te he hablado muchas veces de él. Era tan budoka como tú y yo: Cuarto Dan de judo, Segundo Dan de karate, alumno aventajado de Kendo y Aikido… Yo estuve con él más de dos años, en Japón, con nuestro *Sensei*. Dos años, Eddie. El único destino que yo no le habría pronosticado nunca a Rand Alister es que se hiciese el *harakiri*… ¡y con un cuchillo de cocina!

—Bueno —murmuró Eddie—, yo te he explicado la versión que se ha dado al público,

Pat. Ahí tienes los periódicos. Léelos tú mismo.

—Lo haré antes de salir hacia Nueva York… No sé cuándo volveré, Eddie.

—Tranquilo: tu dojo estará bien atendido, hombre.

—Lo sé. Gracias por todo…, y hasta la vista.

CAPÍTULO II

Randolph Alister lúe enterrado aquella tarde, bajo un sol radiante. Había muchísimas personas en el cementerio, que, en la duda respecto a quién expresar sus condolencias, se dirigían, un tanto incómodas, a una preciosa muchacha de unos veintidós o veinticuatro años, alta, pelirroja, de magníficos ojos verdes, vestida con sobria elegancia. Tenía clase, sin duda alguna. Y una mirada inteligente y reposada, reflexiva, quizá muy acorde con una persona que escribía versos en solitario... Ya que Randolph Alister no tenía familia alguna, esa muchacha era la que parecía al cargo de todo, incluso de recibir condolencias.

Alejado de ella discretamente, Pat Cranston la observaba. Por supuesto, la pelirroja tenía que ser Pamela Newman, la secretaria de Randolph Alister. Junto a ella, casi tocándola, había un hombre alto, medio calvo, grueso, fuerte, de rostro grande, y que aparecía muy pálido... ¿Darren Somerset el amigo de Rand Alister? Casi seguro.

El oficio terminó, y los asistentes comenzaron a desfilar. La preciosa pelirroja los atendía a todos, contestaba preguntas, miraba amablemente a unos y otros...

Bien, a fin de cuentas, por mucho que hubiese apreciado a Rand Alister, éste había sido sólo su jefe, no su padre, o cualquier otro familiar.

Hubo un momento en que las miradas de Pamela Newman y Pat Cranston se cruzaron. Pat permaneció impávido, pero en los ojos de Pamela hubo un desconcertante destello de interés. Luego siguió atendiendo a los asistentes al entierro, hasta que, finalmente, junto a ella solamente quedó el hombre alto, grueso y fuerte que Pat suponía era Darren Somerset. Estuvieron conversando unos segundos, parecieron ponerse de acuerdo, y Darren Somerset se alejó de la muchacha, hacia donde esperaban dos sujetos altos, macizos, cuya catadura hizo fruncir el ceño a Pat Cranston, que, viendo el campo libre, se acercó a la muchacha pelirroja. Ella le estaba mirando atentamente.

— ¿Señorita Newman? —preguntó Pat, deteniéndose ante ella.

—Sí.

—Soy Pat Cranston... Supongo que mi nombre no le dice nada.

—Por el momento, no.

—Rand y yo éramos buenos amigos. Temamos… algunas cosas en común. ¿Tiene usted prisa?

—No demasiada. Pero me están esperando afuera,

—Ya. ¿Se refiere a ese hombre alto y grueso, que estaba tan pálido? Supongo que es el señor Somerset.

—En efecto. ¿Qué puedo hacer por usted, señor…?

—Llámeme Pat, simplemente. Me gustaría conversar un buen rato con usted, y creo que podemos prescindir de formalidades.

—Encantada. Mi nombre es Pamela.

—Lo sé. Y sé, también, que encontró usted el cadáver de Rand.

—Espero que haya leído usted los periódicos, Pat.

—Sí, claro… Verdaderamente, parece que no hay nada más que usted pueda decir. Sin embargo… Bueno, yo voy a hacerle una pregunta que quizá no le hayan hecho los demás: ¿realmente cree usted que Rand Alister era persona… propensa al suicidio?

Pamela Newman se pasó la lengua por los labios.

—A decir verdad, jamás pensé que el señor Alister pudiese hacer una cosa semejante, lo admito. Pero estaba tan… descentrado. Ya sabe lo que había ocurrido días antes en el chalé del señor Somerset… Bueno, supongo que cualquier persona podía sentirse un tanto desequilibrada emocionalmente ante lo que el señor Alister vio.

— ¿Incluso Rand Alister?

— ¿Por qué no? Le aseguro que cuando, después de todo lo que ocurrió, apareció por el despacho, estaba verdaderamente… abatido, o impresionado. No quería saber nada de nadie, no estaba para nadie. Estaba encerrado allí, eso es todo. Ni siquiera quiso hablar con el señor Somerset. Con nadie. Finalmente, yo lo comprendí bien, se fue, desapareció, para huir de las preguntas y la morbosidad de la gente.

—Sí, lo entiendo. Y apareció en la cabaña junto al lago… ¿El señor Somerset le llamó repetidamente?

—Muchas veces. Además de ser amigos, y tener algunos negocios en común, supongo que debían considerarse más unidos por el horror que vivieron juntos. Naturalmente, el señor Somerset debía pretender levantar el ánimo del señor Alister, pero no había nada que hacer. Generalmente, el señor Alister, que era muy simpático, me miraba las piernas cuando me dictaba algo en directo, me guiñaba un ojo, y sonreía. Era… muy simpático y agradable.

—Ya. Y después de aquello, se olvidó de sus piernas… ¿Es eso lo que ha querido decir?

—Exactamente eso. Comprendí que estaba verdaderamente… sobrecogido, diría yo. Sí, sobrecogido, asustado. Es natural, ¿no le parece?

—Supongo que sí. Respecto a los demás caballeros que asistieron a la… fiesta en el chalé del señor Somerset… ¿los conocía usted bien?

—A ninguno de ellos. Para mí, eran desconocidos. No eran de las personas que tenían tratos con el señor Alister. Al menos, en los trabajos en que yo intervenía.

— ¿Y las chicas?

Pamela frunció el ceño.

—Naturalmente, tampoco pertenecían a mi círculo de amistades, se lo aseguro.

—Ya lo supongo —sonrió Pat—. Mi pregunta se refiere a si alguna de ellas era conocida del señor Alister. Ya sabe, a veces un hombre tiene alguna amiguita, o amiguitas...

—Sí, ya sé. Pero el señor Alister no me tenía al corriente de esas particularidades de su vida, así que lo ignoro todo al respecto. Jamás conocí a ninguna de las mujeres que murieron en el chalé, ni sé absolutamente nada sobre ellas.

—En definitiva, usted sólo conocía al señor Alister..., y al señor Somerset.

—Sí, así es. Dígame una cosa, Pat: ¿Por qué me hace tantas preguntas? ¿Es usted policía o periodista?

—Agente de seguros —sonrió de nuevo Pat—. El señor Alister tenía un seguro firmado con mi compañía, y, aunque el destino de esa prima va destinada a obras benéficas, nosotros tenemos que poner en claro algunos aspectos, ya que, si realmente fue suicidio, mi compañía no está obligada a pagar.

—Entiendo. ¿Qué quiere decir con eso de si «realmente fue suicidio»? ¿Es que ustedes lo dudan?

—Sólo investigamos, eso es todo.

—Pues eso ya no lo entiendo, Pat —sonrió Pamela Newman—, ya que es un contrasentido. Sería lógico que ustedes investigasen si el pago de la prima fuese precisamente por suicidio. Pero si, siendo suicidio se ahorran el pago… ¿por qué investigar? No paguen, y asunto terminado. Se ahorran una buena cantidad, supongo.

—Mi compañía tiene un sistema organizado, y no vamos a faltar a nuestras normas ahora. Si hay que pagar, pagamos. Pero nos gusta saber toda la verdad siempre.

—Me parece admirable. Pero le aseguro que yo no puedo decirle a usted más de lo que ya he dicho muchas veces a la policía, al FBI, y a todos quienes me han preguntado.

— ¿Le parezco impertinente?

—Un poco. Pero, además, me están esperando.

—Ah…, si… ¿Le importa que vaya con usted a charlar con el señor Somerset?

—A mí, no. Ignoro cómo reaccionará el señor Somerset.

—Pronto lo sabremos. ¿Vamos allá?

Pamela Newman se quedó mirando con renovada atención a Pat Cranston, que sonrió.

— ¿Quizá ve algo especial en mí? —preguntó.

—Yo diría que sí…, pero no sé lo que es.

—Espero que tendremos oportunidad de seguir viéndonos, y que, más adelante, sepa definir mejor sus impresiones.

Comenzaron a caminar hacia la salida. Allá, en efecto, estaba esperando Darren Somerset, sentado en el asiento de atrás de un coche imponente; debía ser el coche nuevo, el que, en definitiva, le había salvado la vida. Si Darren Somerset no hubiese comprado aquel coche, pocos días antes, no habría abandonado el chalé con Rand Alister para dar una vuelta, con lo que, probablemente, habría muerto, como las otras diez personas que se quedaron en el chalé.

Los dos acompañantes de Somerset estaban en el asiento delantero, y allí permanecieron, inmóviles, casi rígidos. Pero Somerset salió, para esperar a Pamela Newman junto al coche.

—Le presento a Pat Cranston, señor Somerset —dijo la muchacha—; es agente de seguros, y desea hacerle unas preguntas.

Somerset miró de arriba abajo a Pat Cranston. Luego, fijó sus oscuros ojos en los de Pat.

— ¿Qué es lo que quiere preguntarme? —gruñó.

—Cosas sobre el señor Alister. Mi compañía tenía contratado un seguro con él, y…

—Mire, esas cosas eran privadas de Alister, así que yo no sé nada de ellas. ¿Nos vamos, señorita Newman?

—Un momento, por favor —pidió Pat—. También quería

preguntarle...

—Escuche, estoy harto de preguntas, y como resulta que no tengo por qué responder a las de una compañía de seguros, la conversación ha terminado. Ya le he dicho, además, que no sé nada sobre eso.

—No debe ser usted tan descortés, señor Somerset. ¿Qué le cuesta contestar unas pocas preguntas? No le entretendré ni un par de minutos. Sea amable. Es barato.

Darren Somerset frunció el ceño..., al mismo tiempo que las portezuelas delanteras del coche se abrían y los dos gigantescos sujetos salían, con cara de pocos amigos. Ambos se acercaron a Pat, que sonrió suavemente. Eso fue todo.

—Está bien —farfulló Somerset—. ¿Qué más preguntas tiene?

—Por ejemplo, me gustaría saber por qué llamó usted tantas veces por teléfono al señor Alister..., y por qué éste no quiso responder a ninguna de sus llamadas. ¿Qué quería usted decirle?

Somerset miró un instante a Pamela Newman, que se había sofocado intensamente, conteniendo apenas un respingo de sobresalto, para, acto seguido, mirar furiosamente a Pat Cranston, cuya indiscreción no podía ser más evidente.

—No hay respuesta —gruñó Somerset—. Adiós.

Pat alargó un brazo, y agarró suavemente del brazo a Darren Somerset.

—Pero, señor Somerset, todas las preguntas tienen una respuesta. Yo creo...

Uno de los sujetos que acompañaban a Somerset agarró con dos dedos la muñeca de Pat Cranston, e hizo el gesto para retirar la mano de éste de sobre el brazo de Somerset. Pero, la mano permaneció allí, como soldada al brazo, y el sujeto miró estupefacto a Pat. Tiró con más fuerza, pero la mano continuó en el mismo sitio. No poco sorprendido, el hombre dio, de pronto, un fortísimo tirón..., justo en el momento en que Pat retiraba la mano de su presa, la hacía girar en el aire con suavidad, y la desprendía de los dedos del hombretón..., que salió disparado hacia atrás, lanzando una exclamación y cayendo sentado cómicamente al suelo, desde donde lanzó una exclamación grosera referente a Pat.

—Su amigo está muy mal educado, señor Somerset —comentó Pat, poniendo de nuevo su mano en el brazo de Darren—. Pero tanto peor para él. Respecto a mi pregunta...

El sujeto se había puesto en pie de un salto, barbotando otra grosería, y se abalanzó hacia Pat Cranston, congestionado el rostro por la ira. Volvió a sujetar la mano de Pat... Un instante más tarde, estaba en el aire, dando una vuelta completa de campana, para caer, ahora, de espaldas, de modo que su cabeza resonó fuertemente contra el duro

suelo. El otro guardaespaldas lanzó una exclamación de incredulidad, y acto seguido alargó la mano hacia los cabellos de Pat Cranston.

— ¡Vas a ver…!

La mano fue desviada, Pat giró, quedando de costado con respecto al hombre, que se desequilibró hacia adelante … La cadera derecha de Pat Cranston acudió al encuentro de su vientre, se encajó allí, lo agarró con la mano izquierda por la ropa del codo del brazo derecho, metió la mano derecha bajo la axila de ese mismo lado del hombre, giró hacia la izquierda bajando la cabeza casi hasta el suelo y alzando la pierna derecha al mismo tiempo que tiraba hacia delante de sus dos manos…, y el sujeto emprendió un extraordinario vuelo de casi dos metros de altura, chillando y manoteando, espantado, desencajado el rostro.

El batacazo, casi tres metros más allá, fue absolutamente escalofriante. El hombre resonó como si todo él fuese un tambor, y se quedó inmóvil, crispado, con la boca abierta y los ojos desencajados…

— ¡Pat! —gritó Pamela.

Pat se volvió velozmente, pero sin alterarse, a tiempo de ver al primero de los matones cargando a pecho descubierto, con una ferocidad que ponía espuma en su boca… Simplemente, Pat Cranston se apartó, siempre sin alterarse, con un extraño movimiento que a Pamela le pareció el de una puerta al abrirse, girando sobre un pie hacia el costado izquierdo. El *taisabaki* fue perfecto, la esquiva impecable, y el hombre pasó junto a Pat, se dio de cara contra el coche, rebotó… y el pie derecho de Pat barrió los suyos, los dos a la vez, en una ejecución perfectísima del *okuri ashi barai* de judo, elevando al sujeto más de un metro, para que cayese, acto seguido, completamente horizontal, en otro escalofriante batacazo.

El otro estaba consiguiendo ponerse en pie, y su mirada se clavaba con expresión asesina en Pat Cranston, pero Darren Somerset, lívido, cortó la pequeña escaramuza.

—Ya basta —gruñó—, Mayne, Luke, volved al coche. Suba usted también, señorita Newman. Aunque, francamente, no me ha gustado enterarme de que tiene usted la lengua tan larga.

—Pues a mí no me gustan sus amigos, señor Somerset —alzó la barbilla la muchacha—. Y bien pensado, tampoco me gusta su coche.

—Del mal, el menos —dijo apaciblemente Pat—: Creí que iba a decir que no le gusta usted, señor Somerset. Bien: ¿debo interpretar, por su actitud, que no piensa contestar a mis preguntas?

—Tiene usted mucho sentido del humor —le dirigió Somerset una aviesa mirada—. Pero ése no es mi caso, así que se lo diré bien claramente: no vuelva a molestarme, o lo va a lamentar. ¿Sube o no sube usted, señorita Newman?

—Váyase al cuerno —refunfuñó Pamela.

Somerset enrojeció, les hizo una seña a sus hombres, que todavía no se habían decidido a entrar al coche, y lo hizo él. Los llamados Luke y Mayne refunfuñaban algo, mirando torvamente a Pat Cranston, pero se metieron en el coche, que segundos después se alejaba de allí.

Pat estuvo mirando el rutilante vehículo, hasta que oyó la exclamación de Pamela

Newman;

— ¡Oiga...! ¿Cómo ha hecho usted eso? Ha derribado a dos hombres prácticamente sin moverse, y sin hacer el menor esfuerzo... ¿Cómo ha podido hacerlo?

—Con tres movimientos de judo. El primero se llama *tai otoshi*, el segundo y *ama arashi*, y el tercero *okun ashi barai*. Apuesto a que el que más le ha gustado ha sido el segundo, el *yama arashi*; en japonés significa Tempestad en la Montaña.

— ¡Pero eso es formidable! ¿Dónde lo ha aprendido?

—Me parece que acabo de conseguir una adepta para el judo. ¿No es así, Pamela?

— ¡Me gustaría saber hacer esas cosas, desde luego! A veces, una se encuentra por ahí con cada pesado que...

—Estoy en situación de recomendarle un buen maestro de judo. Mientras tanto, si quiere, puedo llevarla en mi coche. ¿Adónde va usted?

—A mi apartamento, claro. No sé qué voy a hacer ahora. Muerto el señor Alister, me he quedado sin trabajo. ¡Pobre señor Alister!

Pat se quedó mirándola fijamente, pero, de pronto, sonrió. Señaló hacia donde había dejado su coche, y se encaminaron hacia allí. Un par de minutos más tarde, se alejaban del cementerio. El silencio se prolongó durante unos minutos, hasta que Pat murmuró:

—A veces, ocurren cosas que captamos con nuestro subconsciente... Quiero decir que vemos u oímos cosas que pasan directamente al fondo de nuestra memoria, sin ser... registradas por la consciencia plena. Y de pronto, unos segundos más tarde, o unas horas, o unos días..., e incluso a veces años más tarde, sin saber por qué, esa cosa que vimos, o ese sonido que oímos, sube a la superficie. ¿Me comprende?

—Sí. Creo que sí.

Pat le dirigió una mirada de reojo.

—Rand Alister no tenía una mentalidad... adecuada para el suicidio, tengo la completa seguridad.

— ¿Qué cree usted que pasó, entonces? —exclamó Pamela.

—Bueno, yo pienso que si una persona muere, y no se ha suicidado, es que la han matado.

—Por Dios... ¿Y cree que el señor Somerset puede tener algo que ver con eso?

—No he dicho tanto. Lo que sí voy a pedirle es que esté atenta a su subconsciente, Pamela: si en cualquier momento sube a la superficie algo de lo que oyó o vio y que en ese momento no le dio importancia, le agradecería que me lo comunicase. Le dejaré el número de teléfono de un amigo, aunque yo estaré frecuentemente en contacto con usted, si no le importa. Pero si usted recordase algo antes de que yo la llamase, llame al número de ese amigo, en Atlantic City. ¿De acuerdo?

—Si... No tengo inconveniente. ¿Piensa seguir investigando lo del señor Alister?

—Por supuesto. Bien entendido que cuento con su discreción.

— ¡Oh, sí! ¿Le gustaría... le gustaría tomar una copa en mi apartamento? Lo digo porque yo tengo allí muchos periódicos que hablan de todo esto, y quizá... podríamos encontrar, entre los dos, algo que le sirviese a usted de pista.

—Acabo de sufrir una decepción tremenda —sonrió Cranston—: me pareció que la invitación podía ser debida a que quería invitarme a pasar la noche con usted.

— ¡Vaya una idea! —rió Pamela.

— ¿Le parece mala?

—Pues... no. No, no. Pero las cosas no ocurren así, tan... aceleradamente.

Patrick Cranston abrió la boca, pero se contuvo. Aquella mañana había despertado junto a una preciosa muchacha desnuda que lo había tenido en la trampa durante unas sesenta horas, sin más complicaciones, así que podía rebatir perfectamente la ingenua argumentación de Pamela. Lo dejó para otro momento.

— ¿Dónde está su apartamento? —preguntó.

* * *

Pamela cerró la puerta, y señaló hacia el fondo del apartamento. Llegaron al saloncito, y la muchacha fue directa hacia una mesita que estaba llena de periódicos, todos abiertos por las páginas en las que se mencionaba el horrendo caso del chalé playero de Bridgeport: diez víctimas asesinadas burdamente, brutalmente.

— ¿Qué le gustaría beber? —preguntó Pamela.

—Jugo de piña natural.

La muchacha quedó estupefacta.

— ¿Jugo de...? ¡No tengo de eso!

—Pues cualquier cosa que no sea coca cola.

— ¿Qué tiene de malo la coca cola?

—No sé. Pero a mí no me gusta.

— ¡Ah! Bien, ahí están los periódicos. Vuelvo en seguida.

Pat asintió, y fue a sentarse delante de la mesita. Comenzó a leer

los numerosos artículos sobre la masacre, quería poder ir a echar un vistazo al apartamento de lujo que Randolph Alister tenía en Nueva York, pero sabía que no podía hacer eso: la policía y el FBI caerían sobre él con las fauces abiertas, ávidos de cualquier presa que, de un modo u otro, pudiesen relacionar con diez asesinatos y un suicidio por *harakiri*... ¡Y con un cuchillo de cocina! Pat entornó los ojos e intentó imaginarse a Rand Alister abriéndose el vientre con un cuchillo de cocina. Llegó a la conclusión de que era lo mismo que ver a un halcón machacándose las alas a martillazos.

—Qué estupidez —masculló.

Cuando oyó a Pamela regresando hacia el saloncito, Pat ya tenía una idea respecto a lo que sí creía poder hacer, así que miró hacia la puerta, y en cuanto la muchacha apareció, dijo:

— ¿Tiene un bol...?

Sólo dijo esto. Pamela Newman no se había puesto una deshabillée o algo parecido, pero su presentación en la intimidad fue igualmente tremenda: se había soltado completamente la larga mata de rojos cabellos, iba descalza, y por toda indumentaria llevaba un kimono negro de seda, cruzado, que le llegaba poco más abajo de las ingles y que se abría en el pecho dejando ver nítidamente las perfectas formas de dos preciosos pechos durísimos, redondos, de color mármol..., de color mármol rosa, precisamente.

—Iba a ducharme —dijo ella—, pero me ha parecido que le haría esperar demasiado.

¿Qué iba a decirme?

—Quisiera un bolígrafo —masculló Cranston.

—Y papel, claro —sonrió Pamela.

—Pues sí: no me gustan los tatuajes, aunque sean con tinta de bolígrafo, que luego puede borrarse.

Pamela dejó sobre un sillón la bandeja en la que llevaba dos vasos y una jarra de cristal con zumo de naranja, y fue en busca de un bolígrafo y un bloc. Depositó ambas cosas sobre la mesita, acercó otro sillón, y se sentó junto a Pat, inclinándose para alcanzar la jarra.

—Jugo de naranja —dijo—. ¿Le va bien?

Pat Cranston estaba mirando el pecho derecho de Pamela, que, al inclinarse ésta, había aparecido totalmente por la abertura del kimono. Precioso. Ella se irguió, y el pecho desapareció. Miró a Pat alzando las cejas, en espera de una respuesta.

—Sí, me va bien —dijo Pat—. Tiene usted unos pechos preciosos.

— ¿Cómo lo sabe? —se pasmó la muchacha.

—Acabo de verle uno..., y supongo que el otro es igual.

— ¡Oh!

Refunfuñando, Pat tomó el vaso, bebió un trago que casi lo

vació, y asintió. Esperó a que ella también bebiese, y señaló los periódicos.

—Quizá sería interesante ir visitando a las viudas —dijo—. Me refiero a las de los cuatro hombres que murieron en el chalé de la playa de Bridgeport: Charles Welby, Edgar Fowler, Aston Dickers y Nelson Carawan. ¿Sería tan amable de anotar los nombres e ir pidiendo contacto telefónico, de teléfono a teléfono, a las respectivas ciudades de donde procedían esos hombres? Espere, yo le anotaré las ciudades...

Fue tomando los datos de los periódicos. Luego tendió la hoja de bloc a Pamela, que asintió y fue hacia el teléfono. Pat se quedó mirando, perplejo, las más soberbias piernas que había visto en su vida, moviéndose con una gracia exquisita. Sacudió la cabeza, consiguió desentenderse de la muchacha, y se dedicó a tomar sus propias notas de datos que iba recopilando de los periódicos. Quizá sacase algo en claro.

Una hora más tarde, no había sacado nada en claro por sí mismo, pese a que había tomado muchos datos y había hecho muchas cábalas y elaborado docenas de teorías. El resultado de las gestiones telefónicas de Pamela Newman no fue, precisamente, más productivo; había conseguido, en efecto, que las centrales telefónicas de las cuatro ciudades a las que llamó le localizasen los teléfonos de los cuatro hombres asesinados, pero, tras repetidas llamadas a cada uno de estos teléfonos, el resultado fue idéntico en los cuatro: nadie contestaba.

—Quizá no quieren atender llamadas —sugirió Pamela.

—Quizá. Pero lo más... normal cuando ha habido un muerto en la familia, es que ésta esté en su casa, para recibir pésames y visitas de amigos y todo eso.

—A lo mejor es que todo eso es deprimente para las familias, y han decidido pasar unos días fuera de casa, en el campo, o así.

— ¿Las cuatro familias? —reflexionó Pat—. A mí me parece que es demasiada coincidencia.

—La policía debe saber dónde están las familias de los cuatro — apuntó Pamela.

—Seguramente..., pero no me lo dirán a mí. Ni yo quiero preguntarlo. Por ningún motivo deseo que la policía, ni nadie, sepa que estoy metiendo mis narices en esto. Cuento con su discreción, Pamela.

—Oh, sí... Puede estar seguro. Pero... el señor Somerset ya sabe que hay un agente de seguros llamado Pat Cranston que está investigando todo lo ocurrido.

—Sí... Es cierto. Pero mi impresión es que un hombre que recurre a guardaespaldas, no es de los que van con cuentos a la policía. Y no sé qué pensar sobre esto: Los tipos que tienen

guardaespaldas no son de fiar, me parece.

—Quizá el señor Somerset tenga miedo, y haya decidido asegurarse, por sí mismo, de que está bien protegido.

—Podría ser eso —admitió también Pat—. Y ya que hablamos del señor Somerset, se me está ocurriendo que... ¿Quiere buscarme su dirección en Nueva York, por medio de la guía telefónica?

— ¿Va a insistir en hablar con él? —pareció asustarse Pamela.

—Con él, no. Pero me gustaría hablar con su esposa. Espero que ella si esté en casa.

—No entiendo por qué quiere hablar con las esposas de los hombres que estuvieron en el chalé.

—Por una razón muy sencilla: las esposas saben de sus maridos más que nadie.

—Pero la señora Somerset no va a decirle a usted lo que sabe de su marido, supongo.

—No pienso preguntarle cosas de su marido —sonrió, astutamente, Pat Cranston—. Búsqueme esa dirección, ¿quiere?

Un minuto más tarde, Pat Cranston estaba enterado de la dirección, en Nueva York, de los Somerset. Se puso en pie, se acercó al teléfono de Pamela, y miró el número impreso en el disco. Luego, dejó anotado en una hoja de bloc el de Eddie Mayers, en Atlantic City.

— ¿No tiene usted número en Nueva York? —preguntó Pamela.

—No vivo en Nueva York.

—Pero estará en un hotel, o en algún sitio, ¿no?

—No. Me encuentro solo y sin hogar en la gran ciudad —sonrió Cranston.

— ¡Oh, bueno...! Pero eso tiene fácil solución: si no encuentra alojamiento, pues... Quiero decir que... que mi apartamento es bastante grande, así que...

Pat Cranston tomó entre sus manos el rostro de Pamela, y se quedaron mirándose los ojos. Luego, muy despacio, suavemente, Pat besó los gordezuelos y tiernos labios de la muchacha, que le supieron a pura miel.

—Maravillosa oferta —susurró luego—. La tendré en cuenta si se pone a llover y me encuentro sin cobijo. Hasta la vista, Pamela.

CAPÍTULO III

La señora Somerset recibió a Pat Cranston en su saloncito privado de la hermosa casa que tenía nada menos que en la Quinta Avenida. Con anterioridad, Pat se había asegurado, por teléfono, de que Darren Somerset no se hallaba en su domicilio. Luego pidió por la señora Somerset, le pidió una entrevista inmediatamente, y la mujer accedió, sin hacerse rogar. Amable e interesante señora.

Sobre todo, interesante. Pat le calculó unos cuarenta años. Cuarenta años espléndidos, todo lo bien llevados que sólo se consigue cuando la vida ha sido fácil y agradable, con todo lo mejor a disposición de la persona. La señora Somerset era rubia, de ojos azules, cuerpo espléndido, carnes tersas y sedosas: buena vida, masajes, productos de belleza... En resumen: era un bombón más que apetecible, con todo el interés que despierta una mujer de su edad que, sin duda, sabe vivir.

Por su parte, la señora Somerset contemplaba a Pat Cranston con una mezcla de sorpresa y agrado, chispeantes sus hermosos ojos. Era la mirada del hábil cazador que ve una pieza que le gusta, y que, por lo tanto, comienza a pensar en cobrarla, sin más complicaciones. ¿Un hombre alto, guapo, fuerte, atractivo..., con aquel aplomo sosegado, aquella mirada directa, aquella virilidad extraña, como... como de olor a tigre?

¡Magnífica pieza para una cazadora!

—Gracias —obedeció Pat—. Espero no molestarla, señora Somerset.

—Si me molestase, no le habría recibido —rió ella—. Me gustó su voz por teléfono, y me gusta su aspecto.

—A mí también me gusta el suyo —sonrió Cranston.

—Muy amable. ¿Desea tomar alguna cosa?

—No, gracias.

— ¿Ni siquiera un aperitivo? Es casi la hora de la cena.

—No tomo nunca alcohol, señora Somerset.

—Ah... ¿Es usted abstemio? ¿Por qué?

—Por la misma razón que no se me ocurriría echar jugo de naranja a un automóvil: no funcionaría. El coche necesita gasolina, pero el cuerpo humano no necesita alcohol para nada. A cada cual, lo suyo.

—Interesante teoría —admitió la señora Somerset—. Bien, ¿en

qué puedo serle útil?

Pat Cranston desvió un instante la mirada, como si vacilase. Cuando volvió a mirar a la señora Cranston, ésta tenía el ceño fruncido en un gesto de impaciencia.

—Bueno, en primer lugar, supongo que debo explicarle quién soy yo…, mejor dicho, qué soy yo, señora Somerset: soy agenté de una compañía de seguros, y estoy investigando el suicidio del señor Alister. Tenía contratado un seguro con nosotros, y antes de proceder al pago de la prima debemos asegurarnos absolutamente de ciertos hechos. Debo decirle también que sus respuestas…, si es que es tan amable de proporcionármelas, quedarán en el más estricto secreto.

—Me parece muy bien —aceptó, como divertida, la señora Somerset—. ¿Qué preguntas son ésas?

—Supongo que no sabe usted dónde podría yo localizar a las familias de los cuatro caballeros que fueron asesinados en el chalé de su marido en la playa de Bridgeport.

El rostro de Gladys Somerset se oscureció, debido al intenso sofoco que le ocasionó una muy visible furia.

—No tengo la menor idea de eso; ni siquiera sabía que existiesen esos… caballeros.

— ¿Quiere decir que usted nunca se había relacionado con esas familias?

—Nunca. Ni tengo el menor interés en hacerlo, naturalmente. Aunque supongo que los familiares de esos cuatro cerdos no tendrán culpa de nada de lo que ellos tuviesen por costumbre hacer.

—Perdone: ¿ha llamado usted «cerdos» a los cuatro hombres que fueron asesinados, señora Somerset?

—Así es. ¿Le parece una mala definición?

—Bueno… No sé. En todo caso, espero que entienda que al llamarlos cerdos a ellos está llamando cerdo a su marido.

—Me doy perfecta cuenta. ¿De qué otro modo llamaría usted a esos… caballeros que se van con unas rameras a disfrutar de una orgía? ¿Recuerda usted el caso de Sharon Tate, en Los Ángeles, hace unos años?

—Por supuesto. La actriz Sharon Tate y algunos amigos que estaban invitados en su casa fueron salvajemente asesinados por los… desquiciados amigos de Charles Manson. Fue una atrocidad, sin duda.

—Ah, eso sí, desde luego. No es que pretenda justificar a Manson, o a los que han asesinado a los amigos de mi marido y esas seis rameras, claro. Sólo pienso que algunas personas pueden sentirse muy irritadas por el modo que tienen de vivir otras personas. Una vida como la de mi marido, millonario, poderoso, que goza de todo a golpe de dólar, no es precisamente ejemplar. Es fácil comprender que ésa no debía ser la primera orgía que se organizaba en nuestro chalé de la

playa, así que podemos pensar que a mi marido y a sus amigos ya los tenían entre ojos. Hasta que esa noche, los irritados contempladores de la vida fácil y sucia de otras personas, decidieron poner un poco de su parte, fueron allá, hicieron una masacre, y se llevaron todo lo que encontraron de valor. Mal hecho, desde luego. Pero nadie puede discutirme que aquellos caballeros, con mi marido a la cabeza, eran unos cerdos. ¿Acaso no está usted de acuerdo?

—Digamos que soy capaz de admitir las reacciones de otras personas, señora Somerset. Puedo, incluso, comprender sus motivaciones. Pero, como usted misma, no puedo aprobarlas.

—Eso significa que estamos bastante de acuerdo... —sonrió la señora Somerset.

—Así parece. Bien, sigamos con las preguntas... Parece que su marido y el señor Alister sí tenían alguna clase de relaciones. ¿Sabe usted algo sobre eso?

—Jamás supe que mi marido se relacionase con un hombre llamado Rand Alister.

—Vaya... Sin embargo, su marido estuvo llamando repetidamente al señor Alister por teléfono después de lo sucedido en el chalé de la playa, y he pensado que quizá alguna de esas veces llamó desde aquí mismo.

—Darren llama a muchas personas desde la casa —murmuró Gladys Somerset—, y hace mucho tiempo que dejé de interesarme por ello.

—Es una lástima, porque, de otro modo, quizá usted podría decirme qué tenía que decirle su marido al señor Alister.

—No tengo ni idea.

—Mala suerte la mía. Según parece, no voy a poder seguir adelante con esta investigación: usted no sabe nada, las familias de los hombres asesinados han desaparecido, nadie tiene la menor idea del lugar de donde procedían las chicas que fueron para alegrar la fiesta en el chalé...

—Mi marido tiene que saberlo.

—Según las declaraciones que ha hecho a la policía, y que constan en los periódicos, su marido sólo sabe que tenía un número de teléfono al que llamaba cuando necesitaba chicas, y alguien se las enviaba. Naturalmente, la policía ha localizado ese teléfono, ha estado en el lugar donde está instalado..., y se ha encontrado con un apartamento vacío, que hasta pocos días antes había estado ocupado por un tal Joe Smith, un tipo vulgar, corriente, en el que nadie se había fijado nunca demasiado desde que llegó a vivir a ese apartamento. Es decir, que por ese lado no parece que sea posible obtener dato alguno. Lo más sorprendente, sin embargo, está en él hecho de que nadie se haya presentado a identificar los cadáveres de

esas seis chicas: es como si nadie las hubiese conocido nunca.

—Debían ser de fuera de Nueva York.

—Aun así, alguien tenía que conocerlas, ¿no?

—Pero no yo. Naturalmente, he visto sus fotografías en los periódicos, y aunque estaban muy desagradables, sé que no eran ninguna de las que yo conozco.

— ¿De las que usted conoce? —exclamó Pat—. ¿Qué quiere decir?

—Oh, bueno... Nada. Realmente, nada.

—Pero, señora Somerset, usted acaba de decir que conocía a algunas chicas, y que ninguna de ellas era de las que asesinaron. ¿Qué chicas conocía, o conoce, usted?

Gladys Somerset bajó la mirada, y se mordió los labios. Pat la contemplaba fijamente. Por fin ella alzó la mirada y musitó:

— ¿Le he dicho a usted que mi marido es un cerdo...?

—Sí... Me lo ha dicho.

—Yo estaba... preparando mi divorcio de él hace algún tiempo, aunque no se lo he dicho a nadie. De todos modos, me dediqué a buscar algo que me apoyase, que lo dejase a él en desventaja clara con respecto a mí. He pasado varios años con ese... cerdo, y tengo derecho a llevarme la mejor parte cuando nos divorciemos. Así que me dediqué a buscar algunas pruebas que lo acusaran directamente. Muy discretamente. Ahora, después de lo ocurrido, ya no necesito ser tan discreta, ni molestarme en buscar más pruebas, ya que él me lo ha dado todo hecho, me lo ha facilitado todo, con ese escándalo. ¿Lo comprende?

—Desde luego. ¿Debo entender, señora Somerset, que encontró usted algunas pruebas contra su marido?

—Poca cosa... En realidad, supongo que un juez no las habría aceptado como decisivas, pero de todos modos, las guardé..., mejor dicho, sé dónde están. Dadas las circunstancias actuales, ya no tengo que presentarlas, puedo evitarme esa humillación. Sin embargo, si pueden servir para ayudarle a usted en algo que ponga más de relieve la... puerca vida de mi marido y de sus amigos, le dejaré ver esas pruebas. Bien entendido que usted no dirá que se las he proporcionado yo. Quiero ayudarle a usted y perjudicar a Darren, aunque sea de modo indirecto. Pero sin humillaciones por mi parte, ya que ahora son innecesarias; sin que nadie sepa que yo me he estado dedicando... a espiar a ¿ni marido, a buscar pruebas para el divorcio. Quisiera salir de este asunto con la dignidad adecuada.

¿Puedo contar con su discreción?

—Señora Somerset; puede tener la completa seguridad de que si usted me facilita unas pruebas para mi trabajo, yo sabré utilizarlas sin que el nombre de usted sea mencionado en ningún momento.

— ¿Y será implacable con Darren y sus amigotes?

—Digamos, para ser exactos y justos, que no me detendré ante ninguna porquería que encuentre en mi camino: todo cuanto descubra, sea malo o sea bueno, tendrá que ser afrontado por muertos y por vivos.

—Me conformo con eso. Venga conmigo, por favor.

Salieron del saloncito privado de Gladys Somerset, cruzaron el vestíbulo, y entraron en un despacho imponente, sobrio, elegante. La señora Somerset cerró la puerta con llave por dentro, y sonrió un tanto crispadamente.

—Si llegase mi marido mientras estamos aquí, diremos que he cerrado la puerta para que no nos interrumpiesen por cualquier motivo.

—Muy bien.

Gladys fue directa a la mesa del despacho, se inclinó ante los cajones de la derecha y tiró de uno de ellos. A su lado, Pat la observaba en silencio... Gladys alzó la mirada, con gesto de contrariedad.

—Como siempre, los tiene cerrados..., pero ya sé cómo abrirlos. Alcánceme ese abrecartas, por favor.

Provista del abrecartas, procedió a forzar la cerradura múltiple de los cuatro cajones, bajo la sonriente mirada de Pat Cranston. La señora Somerset, evidentemente sabía cómo abrir aquellos cajones, porque lo consiguió en muy pocos segundos. Abrió el último de abajo, se acuclilló, metió la mano bajo unas carpetas, y sacó un sobre de papel grueso, de color amarillo, que tendió a Pat.

Dentro del sobre habían varias fotografías de chicas desnudas. Preciosas muchachas, muy jóvenes, que no se habían limitado a una exposición artística de su cuerpo, sino que aparecían en posturas y gestos absolutamente obscenos, de clara oferta sexual; dos de ellas llevaban el asunto más lejos, realizando juegos de índole indiscutiblemente pornográfica... Cuando Pat miró a la señora Somerset, la vio de nuevo con el rostro encendido por la ira y la vergüenza.

—Esto es muy... desagradable —susurró Pat.

—Ya le he dicho repetidamente que Darren es un cerdo.

— ¿Cree usted que él tenía, o tiene, alguna clase de relación con estas muchachas?

— ¡Naturalmente que sí!

—Eso sería muy difícil de probar, supongo. ¿Conoce los nombres de ellas, o su dirección, o teléfono...?

—Santo cielo, ¡claro que no! Pero estoy segura de que son de esas cerditas con las que mi marido y sus amigos se divierten.

—Pero, señora Somerset, con esto no podría usted comprometer

a su marido hasta el extremo del divorcio. Cualquier hombre puede tener fotografías de éstas, revistas, películas..., sin que eso signifique que se entiende con los protagonistas, ni nada parecido.

—No soy ninguna tonta —aseguró enfáticamente Gladys—. ¿Por qué no les da la vuelta a las fotografías?

Pat lo hizo. En el anverso, había un sello perteneciente a la casa fotográfica, y un número diferente en cada fotografía.

—Como usted ve —señaló Gladys el sello del fotógrafo—, aquí consta el estudio donde...

—No me diga más, señora Somerset —sonrió Pat—. Usted pensaba tomar nota de esto, contratar a un abogado o a un detective privado para que fuese a visitar al fotógrafo, conseguir el nombre y la dirección de una o varias de estas chicas, convencerla, preferiblemente a base de dinero, de que le interesaba colaborar y, en el momento oportuno, utilizarla ante el juez para acusar a su marido. ¿Es así?

—Sí. Afortunadamente, ya no necesito recurrir a esos procedimientos molestos y humillantes: el cerdo se ha metido por sí mismo en el matadero.

—Así parece. ¿Puedo quedarme, al menos, una de estas fotografías?

—No, no, por Dios... Si Darren quisiera echarles un vistazo y notase a faltar una sola, no sé lo que ocurriría. Lo siento, pero no puedo complacerle en eso. Me gustaría, pero...

—Lo comprendo. Sin embargo, sí puedo anotar el nombre del fotógrafo y el número de las fotografías, ¿verdad?

—Oh, sí... Eso sí. Le daré un papel y un…

—En realidad, no hace falta —murmuró Pat—; tengo muy buena memoria.

Pasó ante sus ojos las fotografías, mirando los números, y, por supuesto, reteniendo el nombre del fotógrafo. No necesitaba más. Las fotografías fueron guardadas en su sitio, el cajón cerrado.

—No la molesto más, señora Somerset. Gracias por todo.

—No ha sido molestia. Pero, por favor, recuerde: no me mencione.

—Quede tranquila. Le aseguro... ¿Le ocurre algo?

Gladys Somerset tragó saliva, y se pasó las manos por la cara, que de nuevo estaba sofocada. Tanto, que el rubor se extendía incluso por el cuello y hombros, parcialmente descubiertos. Parecía que le costaba respirar. Vibraban las aletas de su nariz, se dilataban sus pupilas...

— ¿Se encuentra bien? —insistió Pat.

—No sé qué... qué me pasa cuando veo... estas fotografías... Siento como... oleadas de fuego en todo el cuerpo, y una... ansiedad extraña. Y me arde la piel... Compruébelo, señor Cranston...

Tomó una mano de él, se abrió impetuosamente la ya escotada blusa, y puso la mano sobre un seno, que, en efecto, ardía. Pat Cranston no supo qué decir... Y en esta indecisión estaba cuando Gladys lanzó una exclamación ahogada, y se abrazó a él impetuosamente, buscando su boca.

Fue un beso ardiente, terrible, que en contraste, llevó miles de escalofríos a la espalda de Cranston. La boca de la mujer se hundía en la suya. Intentó apartarla, pero ella se aferró a él, como enloquecida, gimiendo.

—Tanto tiempo... aguantando a ese cerdo..., que ahora me ignoraba... Tanto tiempo sin tener...

Volvió a besar a Pat en la boca, su respiración era tan densa, tan ahogada, que parecía que fuese a fallar en cualquier momento; toda su piel ardía, de su boca parecían brotar oleadas de auténtico fuego...

Pat Cranston dejó de utilizar las manos para intentar apartar de sí a la mujer, que se apretó contra él, mientras sus manos exigían con más y más avidez... La mano derecha de Pat se posó en un lado del cuello de Gladys Somerset, y apretó, suavemente, con sólo dos dedos. La mujer se crispó, pareció convertirse en piedra. En seguida se relajó, y cayó rodando sobre la alfombra, sin conocimiento.

Segundos más tarde, Pat Cranston salía de la casa, y se alejaba a buen paso pero sin apresuramiento, mirando hacia la calzada, en busca de un taxi.

No iba a necesitarlo.

Dos hombres aparecieron, de pronto, uno a cada lado de Pat, y uno de ellos dijo, tranquilamente:

— ¿Le gustaría morir aquí mismo, con las tripas llenas de balas?

Pat miró de uno a otro hombre, sin sobresalto alguno.

—No —murmuró.

—Okay. Entonces, venga con nosotros. Sin más charla ni tonterías. No estamos bromeando.

Pat no contestó. Quedó en medio de los dos sujetos, que comenzaron a caminar. Parecían tres buenos amigos paseando por la Quinta Avenida, eso era todo. Pero el paseo terminó muy pronto, ante la entrada de un aparcamiento subterráneo, al cual entraron. Tomaron el ascensor, hasta el sótano tercero, donde lo abandonaron, encontrándose en un corto pasillo que los llevó hasta la planta de estacionamiento. Un coche salía, en aquel momento, en dirección a la rampa. Luego, todo quedó en silencio, hasta el punto de que se oían las pisadas de los tres. Los tubos fluorescentes, quizá demasiado espaciados, emitían desde el techo una luz lívida y triste.

— ¿Qué se proponen? —preguntó, siempre tranquilamente, Pat.

—Cierre la boca.

Unos veinte metros más allá, un hombre apareció en el pasillo,

haciendo un gesto con el brazo en alto, y fue a sentarse ante el volante. Pat Cranston tuvo que comprender: propiamente hablando, se proponían secuestrarlo, en principio. ¿Y luego?

— ¿Les ha enviado el señor Somerset? —preguntó—. Ustedes estaban vigilando su casa, ¿verdad?, porque él temía que yo fuese...

— ¡Le he dicho que cierre...!

Esto fue lo que empezó a decir el hombre que tenía a su izquierda, mientras le lanzaba un golpe al costado. Un golpe que llegó a su destino, cierto. Pero fue lo mismo que golpear contra una estatua, para gran sorpresa del sujeto. Sorpresa que duró muy poco, porque la reacción de Pat fue fulminante: su codo derecho se alzó, quedando horizontal, y salió disparado hacia el rostro del hombre, en un tremendo *ude-ate* que hizo crujir su nariz como si fuese de madera seca.

Lanzando un alarido, el hombre saltó hacia atrás, llevando sus manos a la nariz, que había reventado en un espectacular surtidor de sangre que manchó inmediatamente sus manos. El que iba a la derecha de Pat soltó un respingo, quedando lívido, y llevó la mano derecha a la axila izquierda, mientras gritaba:

— ¡Rickers!

La pistola apareció en su mano, encajándose rápidamente, ya metido el dedo sobre el gatillo. Pero, al mismo tiempo, la mirada del sujeto se desorbitaba por la sorpresa y el espanto...

—¡AAAOOOOÓoooOOOQ...! —lanzó Pat su *kiai*, mientras saltaba hacia el hombre recién armado.

Se elevó tanto que casi podía haber tocado el techo con las manos tan sólo con haber alzado éstas un poco. Pero no eran ésas sus intenciones, ni mucho menos. El alto, veloz y largo vuelo, le llevó hacia el tipo de la pistola, que alzó ésta y disparó... La bala crujió contra el techo tras rozar la cabeza de Pat Cranston, que llegó frente a su adversario, a la altura de la cabeza de éste, con las piernas flexionadas y los brazos cruzados ante el rostro en *kamae*.

¡Bbsss!, silbó su pierna derecha, al dispararla. El pie acertó de lleno en el pecho del hombre, que resonó de modo escalofriante, derribándolo como un muñeco, con tal fuerza, que fue a dar de espaldas contra uno de los coches estacionados; la cabeza chocó contra la plancha metálica, y el hombre de la pistola, con los ojos en blanco, rebotó, cayendo de bruces y quedando inmóvil...

¡Crack!, crujió otra bala muy cerca de la cabeza de Cranston, que miró hacia el coche y vio al tercer hombre colocado detrás, disparando por encima del techo.

¡Crack, crack!, crujieron dos balas más, siempre peligrosamente cerca de Pat...

Mientras tanto, en el amplio pasillo, el de la nariz rota había

conseguido ponerse en pie, y se sostenía, al parecer, de milagro, con las rodillas dobladas tambaleante..., pero sacando su pistola.

Para pasmo de ambos sujetos, la reacción siguiente de Pat no fue intentar esquivar las balas escondiéndose entre los coches, sino que volvió a saltar, ahora hacia el individuo de la nariz rota, que estaba a punto de disparar.

Pero no lo hizo.

El cuerpo de Pat Cranston pareció silbar en el aire, mientras en éste vibraba el sonoro

kiai capaz de poner los pelos de punta a cualquiera.

— ¡AAAAoooOOOOOOOOO...!

El de la nariz rota todavía tuvo reflejos para apartarse de la trayectoria de aquel cuerpo de acero, y el pie de Pat falló el golpe. Pero, una milésima de segundo más tarde, era el brezo derecho el que salía disparado lateralmente, en un *shuto* horizontal; la mano de Pat, como un hacha, acertó con el borde al sujeto en un lado de la cara, sobre la oreja, en un golpe que pareció a punto de arrancar la cabeza de sobre los hombros; el pistolero, antes de morir, sólo tuvo la sensación de que dentro de su cabeza había estallado una carga de dinamita que se la llenó de brevísimas luces. Y eso fue todo.

Mientras él caía de lado, muerto, Pat «aterrizó» un par de metros más allá, todavía emitiendo su *kiai*. Rebotó como si sus piernas fueran de caucho, y así la siguiente bala disparada por el hombre que estaba junto al coche, erró, también, el blanco. En un instante, Pat desapareció detrás de los coches estacionados en la otra fila, y el pistolero, lanzando una exclamación, echó a correr en su persecución. Pero se detuvo en seco, casi cayendo hacia delante debido al impulso y regresó a toda prisa al coche. El motor de éste rugió, el vehículo retrocedió, giró, y se lanzó hacia la rampa, rechinando los neumáticos. Demudado el rostro, el hombre que conducía el coche tomó el volante sólo con la mano izquierda, recogiendo la pistola del asiento de al lado.

— ¡La madre que te...! —jadeo.

Pasó zumbando junto a su compañero que había caído de bruces, y que comenzaba a intentar ponerse en pie, pálido como un muerto... El coche ascendió velozmente por la rampa, y en pocos segundos, en el solitario estacionamiento, el sujeto pudo ver a Pat, corriendo a punto de llegar al segundo piso. Los neumáticos del coche arrancaron chispas del suelo, el motor rugió fuertemente. En el segundo piso, el sujeto alcanzó a Pat Cranston. Es decir, estaba a punto de alcanzarlo.

Y lo alcanzó.

Peor fue porque Pat Cranston se volvió, y echó a correr hacia el coche. El rugido del motor de éste era tan fuerte que el conductor no

pudo oír esta vez el *kiai*. Pero sí vio a Pat volando a su encuentro. Como en una auténtica pesadilla, el ya aterrorizado sujeto vio llegar a Pat, pies por delante. Pat cayó sobre el capó, disparó la pierna derecha, y el pie se hundió en el parabrisas, reventándolo, convirtiéndolo en un millón de chispas, como pequeños diamantes que fueron a clavarse en el aterrado rostro del pistolero, mientras Pat intentaba agarrarse a cualquier parte del coche...

No fue posible. Al recibir el impacto de los diminutos perdigones de cristal, el hombre alzó instintivamente las manos hacia su rostro, abandonando el volante, y el coche, falto de dirección súbitamente, se desvió hacia la izquierda, lanzando hacia el lado contrario a Pat Cranston, cuyo vuelo fue, esta vez, en verdad involuntario... Una persona no entrenada se habría roto la cabeza al caer: Pat Cranston giró en el aire, cayó de pie, como un gato, y, siguiendo el impulso, todavía evitó romperse la cara contra el suelo al dar una voltereta hacia delante, pegado al suelo.

En ese mismo instante, el coche se estrellaba contra dos de los que estaban estacionados. Crujieron las chapas metálicas, crujieron cristales, rechinaron neumáticos... Las portezuelas de delante se abrieron bruscamente, y por la izquierda salió despedido el conductor, que rodó un par de veces, se puso de rodillas, y miró alrededor con expresión enloquecida. De pronto, vio su pistola en el suelo, cerca de él, y adelantó la mano hacia el arma.

Pero, cuando quiso apuntar de nuevo a Pat Cranston, éste había desaparecido.

El hombre lanzó una exclamación, sé puso en pie, y casi rodó de nuevo por el suelo.

— ¡Mi rodilla...! —jadeó.

Cojeando, regresó rampa abajo, a riesgo varias veces de romperse la cara contra el duro suelo. En el tercer piso se encontró a su compañero, que caminaba penosamente todavía pálido como un muerto,

— ¿Qué ha pasado? —jadeó.

—¡Se ha escapado! ¡Tenemos que largarnos de aquí inmediatamente, con cualquier coche! Yo buscaré uno que tenga las llaves, tú trae a Dillamn, ayúdale a...

—Dillamn está muerto.

— ¡Pues trae su cadáver! ¡La puta que lo parió...! ¿Quién… qué demonios es ese sujeto?

¿Supermán?

—Si le vuelvo a echar la vista encima, ya verás cómo no es Supermán —aseguró el otro, rechinando los dientes.

CAPÍTULO IV

—Ya he cerrado —dijo el fotógrafo, tras abrir la puerta del apartamento apenas un par de pulgadas.

— ¿Es usted el propio señor Wynn? —preguntó Pat Cranston, sonriendo lo más simpáticamente que pudo.

—Sí, sí... Pero ya he cerrado, lo siento.

—No se trata de hacerle trabajar..., pero sí de darle a ganar algo de dinero por muy poca molestia. — ¿Qué es lo que quiere?

—Una información. Vamos —volvió a sonreír Pat—, ¿acaso tiene miedo de mí?

El fotógrafo Wynn miró de arriba abajo al imponente sujeto que esperaba pacientemente en el descansillo del piso alto donde tenía su vivienda, encima del estudio fotográfico. Se fijó especialmente en los ojos, en las duras líneas del rostro, en el enérgico trazo de la sonriente bocaza simpática.

—Está bien —aceptó, apartándose y abriendo la puerta—. Pase.

Cerró la puerta cuando Pat hubo entrado, y se quedó mirándolo con gesto interrogante. Pat sacó dos billetes de cincuenta dólares del bolsillo, y los mostró.

—Busco a una chica preciosa, con la que he pasado ratos magníficos en la cama. Sobre ella se navega de maravilla... ¿Usted me entiende?

—Supongo que sí —sonrió Wynn.

Era un hombre de algo más de cincuenta años, melenudo a lo artista de vieja escuela, con lentes, gordito. El tipo más inofensivo que se pudiera buscar..., al menos, aparentemente.

—Tuve que marchar una temporada de Nueva York, y ahora ya no para donde antes, así que le he perdido la pista. Es decir, tengo algo que puede ayudarme a encontrarla. Recuerdo una fotografía de ella, que le hizo usted, y hasta, cosa sorprendente, recuerdo el número de registro de esa fotografía.

—Ya. ¿Cómo se llama la chica?

—Mabel.

— ¿Qué más?

—Ni idea —sonrió Pat—. Pero apuesto a que usted puede localizarla por el número de registro: es el 007215. Cien dólares para usted, señor Wynn..., y, además, me habrá hecho un gran favor.

—Bueno, podemos intentarlo. Aunque los negativos de ese

número me parece que ya los destruí, porque tienen más de un año. De todos modos, quizá me quede alguna copia en el archivo viejo. Vamos abajo. No, no hace falta salir del apartamento: tengo comunicación directa con el estudio.

Bajaron por una escalera de caracol de madera, y se encontraron en el estudio fotográfico, cuya luz encendió Wynn.

—Á ver si hay suerte —dijo éste... Deberá tener un poco de paciencia.

—Tengo mucha paciencia —sonrió Pat, mientras señalaba el teléfono de pared—,

¿Puedo hacer un par de llamadas?

—Claro. ¿El 007215?

—Exactamente.

Wynn desapareció hacia el archivo, y Pat fue hacia el teléfono.

La primera llamada fue para la señora Somerset, que cuando aceptó ponerse al aparato, se identificó con tono seco y hostil.

—Señora Somerset, solamente la llamo para advertirla que es muy posible que su marido esté ya enterado de que yo la he visitado. Sin embargo, no sabe los motivos, así que puede usted contarle cualquier mentira...

—¿...?

—Pues, unos sujetos quisieron molestarme, pero salieron un poco malparados. En mi opinión, si su marido le pregunta qué fui yo a hacer a su casa, debe usted decirle que fui a interrogarla respecto a sus auténticas relaciones con Randolph Alister. Bien entendido, puede usted decirle que no quiso contestar a ninguna de mis preguntas, que no me dijo nada. Puede decirlo tranquilamente.

—¿...?

—Si lo hace así, no tiene que preocuparse por nada. Siento ocasionarle molestias, señora Somerset. Adiós.

Colgó y efectuó acto seguido otra llamada.

— ¿Qué tal? —sonrió Pat—. ¿Se acuerda de mí, Pamela?

—¡...!

—Eso es. Voy a pedirle un favor... ¿Tiene usted dinero en casa?

—¿...?

—Oh, unos quinientos dólares bastarán, supongo. Incluso sobrará algo, espero.

—...

—Magnífico. Escúcheme con atención: tiene que contratar a un detective privado, para que éste le consiga el nombre del propietario de un coche, «Ford» berlina, de color granate, matrícula del Empire State, N.Y. 896005. La iré llamando para que me comunique el informe...

—¿...?

—Se lo comunicaré cuando volvamos a vernos. De momento, sea discreta. ¿De acuerdo?

—Gracias. Hasta la vista.

Pat colgó de nuevo, se dedicó a reflexionar unos segundos, y luego fue hacia el archivo, donde Wynn estaba rebuscando en una gaveta de un viejo fichero de madera. Justo cuando Pat se disponía a preguntar cómo iba la búsqueda, el fotógrafo lanzaba una exclamación de triunfo, y se volvía, alzando una fotografía de buen tamaño.

— ¡Aquí está! ¡La 007215! Espero que sea ésta...

Pat tomó la fotografía, la miró, y asintió. Exacto: era la chica que buscaba.

—Es ella —murmuró—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla ahora?

—Puedo decirle dónde se la podía encontrar cuando se hizo la fotografía. Veamos el fichero de nombres y direcciones… aunque usted ya sabe que, en más de un año, una chica como ésta puede haber viajado del Polo Norte al Polo Sur.

—No perdemos nada probando.

— ¡Oh, demonios! —reía poco después Wynn, tras mirar en el fichero—, ¡Es una de las chicas de Nino!

— ¿De quién?

—De Nino... ¿No sabe quién es? Nino Delmare. Las chicas que vienen aquí enviadas por él no dejan más dirección que el nombre de Nino. ¡Caracoles, Nino Delmare! — exclamó divertidísimo.

Y se echó a reír.

* * *

Pat Cranston pagó el importe de la carrera, y se apeó exactamente delante de la dirección que le había indicado el fotógrafo Wynn. Se quedó mirando la rutilante fachada, llena de anuncios luminosos, todos referidos al mismo local: Delmare Beauty - Dance - Gym - Yoga.

Fantástico: un salón de belleza donde se practicaba la danza, la gimnasia y el yoga, nada menos. Y todo ello, evidentemente, bajo la dirección del tal Nino Delmare.

La puerta era una monería, toda chapada de metales dorados, espejitos y adornos mil. Le fue abierta a Pat por una chica monísima, con expresión de estar dispuesta a proporcionar a los visitantes todo cuanto éstos pidieran. Durante un instante, se quedó mirando estupefacta a Pat.

— ¿Qué desea? —murmuró.

—Ver al señor Delmare. Es urgente y muy importante.

—Si viene usted a inscribirse —dijo la muchacha, cediéndole el paso— no hace falta recurrir al señor Delmare para eso. Yo misma le

atenderé.

—Por el momento no pienso inscribirme —sonrió Pat—. Sólo se trata de una conversación privada con el señor Delmare.

— ¿Sobre qué tema?

El ceño de Pat se frunció un instante, aunque amablemente.

—Si le digo a usted el tema, la conversación dejará de ser privada, señorita. ¿Está o no está el señor Delmare?

—Bueno, no sé... Iré a ver...

La muchacha abrió una puerta que hasta entonces había parecido un gran espejo, y desapareció. Pat solamente tuvo tiempo de oír una voz rítmica, y vislumbrar una luz de color... Sí, de color rosado. Frunció de nuevo el ceño, y miró alrededor. El despachito de recepción era toda una coquetería, una preciosidad, con espejos cuadritos, flores... También había un bonito marco dentro del cual se exponían fotografías que, ciertamente, no tenían nada que ver con la de la chica de la fotografía. Estas eran fotografías muy buenas, y sin duda alguna, artísticas: grupos de ballet, movimientos de gimnasia, sesiones de yoga... Los personajes eran todos hermosas muchachas y hermosos muchachos. Al parecer, Nino Delmare no tenía clientes gordos, ni viejos, ni feos...

La puerta-espejo se abrió, y apareció la muchacha, sonriendo con una cortesía que hizo adivinar a Pat lo que iba a decir. Y en efecto, eso fue lo que dijo:

—Precisamente esta noche el señor Delmare no está... Pero si me deja su teléfono, podemos concertar una cita para mejor momento.

—Muy amable de su parte —sonrió Pat Cranston.

Pasó junto a la muchacha, llegó ante la puerta-espejo, la abrió, y cruzó el umbral.

— ¡Oiga...! —exclamó la muchacha.

Sin hacerle el menor caso, Pat cerró la puerta a su espalda de modo que la muchacha casi se dio de narices contra ella, al otro lado. La olvidó completamente, y, un instante después, tras el súbito silencio que se hizo en la sala, quedaba atónito: en el centro de la gran sala de piso de madera, había un hombre ataviado con una malla negra que le cubría completamente el cuerpo, muy ceñida. Frente a él, y a la derecha de la entrada, sujetándose a una barra que corría ante un enorme espejo, un grupo de jóvenes de ambos sexos, completamente desnudos todos, habían quedado como petrificados en un movimiento de danza.

— ¡Oiga usted...! —chilló el hombre del centro, con voz de barítono—. ¿Con qué permiso ha entrado aquí? ¡Salga inmediatamente!

La puerta se había abierto detrás de Pat, y la muchacha apareció, sofocada por la ira.

—Lo siento, Nino —se disculpó, con voz aguda—. Me sorprendió, no pude evitar...

— ¿Señor Delmare? —se adelantó Pat por el parqué hacia el esbeltísimo sujeto de la malla negra.

— ¡Salga inmediatamente de aquí! —ordenó teatralmente Nino Delmare, extendiendo un brazo—. ¡Fuera!

—Solamente le entretendré un par de minutos —sonrió Pat, mirando de reojo a los bellos jóvenes que, por fin, habían adoptado una postura natural—. Perderíamos más tiempo discutiendo...

— ¡No hay nada de qué discutir! ¡Cuando Nino da una clase de danza, nadie puede interrumpirle! ¡Márchese!

—De acuerdo, de acuerdo. Puedo esperar a que termine de...

— ¡Le he dicho que se marche! ¡Largo de aquí, largo!

—Mire, señor Delmare...

— ¡Sacadlo de aquí! —lanzó, en tono histérico, Delmare.

Algunos de los bellos jóvenes que habían estado aprendiendo danza se acercaron rápidamente a Pat Cranston, que los contempló con una cierta amabilidad por demás engañosa. Sí, señor, eran unos hermosos jóvenes, de espléndidos cuerpos desnudos que parecían de tibia carne rosa. Las muchachas, preciosas, no se habían movido.

—Señor Delmare, seamos razonables. Sólo quiero...

Dos de los muchachos se acercaron, tomaron cada uno de un brazo a Pat y tiraron hacia la puerta... Casi se dieron de narices el uno contra el otro, pues al no conseguir desplazar a Pat ni siquiera un milímetro, perdieron el equilibrio hacia delante de éste. Le miraron sorprendidísimos, y acto seguido uno de ellos alzó una mano hacia los cabellos de Pat Cranston.

Mala suerte.

Pat le asió la mano, tiró de ella pasándola por encima de su hombro derecho, le agarró entonces el brazo con las dos manos, sacó la cadera hacia la derecha, se inclinó... y las instalaciones del lujosísimo local vibraron debido al grito del muchacho, que salió volando por encima del hombro de Pat, lanzado por el impecable *ippon seoi nuge*, y fue a estrellarse contra el parqué, por el que se deslizó todavía un par de metros. El otro se adelantó contra Pat, descargando un puñetazo. Pat paró el golpe en el aire, rebasó la posición del muchacho hacia atrás y, al mismo tiempo que le doblaba el brazo en alto, disparaba la rodilla derecha hacia el bajo vientre del otro, que lanzó un berrido y cayó encogido al suelo, poco menos que llorando.

Tres jóvenes más pasaron a la carga... El primero recibió en pleno pecho un *tsuki* de karate que lo tiró de espaldas, privado instantáneamente del conocimiento. El segundo pareció encontrar en la cadera derecha de Pat Cranston un obstáculo insalvable, pero en

seguida, Pat terminó de ejecutar el *uki goshi*, y desde su cadera el muchacho emprendió un vuelo corto y rasante que le llevó a reunirse sobre el parqué con el primero. El último tuvo tiempo de descargar un puñetazo..., pero Pat Cranston había desaparecido ya de su trayectoria, efectuando una esquiva, en magnífico taisabaki que, girando elegantemente, le llevó hacia un costado del muchacho. Desde allí, la pierna izquierda de Pat subió como una centella, alcanzó al muchacho bajo la barbilla, lo alzó y lo derribó de espaldas.

Terminado el *taisabaki*, Pat Cranston quedó orientado hacia los demás jóvenes que, salvo dos de ellos, que pretendían convertirse en sucesores de sus compañeros, habían quedado paralizados.

— ¡Basta...! —gritó histéricamente Nino Delmare—, ¡Basta, basta...! ¡Los va usted a matar!

Pat volvió a mirarlo con divertida sorpresa.

—No es ésa mi intención —aseguró—, todo lo que quiero es conversar un par de minutos con usted.

— ¿Quién es usted? ¿De dónde..., de dónde ha salido?

—Se lo explicaré cuando venga a inscribirme para las clases de danza. Supongo que tiene usted aquí un despacho privado, señor Delmare.

—Sí... Sí, sí... ¡Lo que usted ha hecho es increíble!

—Eso no es nada —sonrió amablemente Pat—, ¿Vamos a su despacho, por favor? Segundos más tarde, Nino Delmare cerraba la puerta de su despacho, sin duda alguna el lugar más coquetón que Pat Cranston había visto en su vida. Era una auténtica cajita de bombones para niñas vírgenes en oferta. En verdad, pasmoso.

— ¿Este es su despacho? —inquirió incrédulamente Pat.

—Sí, sí... ¿Le gusta?

—Esto... Oh, sí, muchísimo —rió Pat—. ¡Es divino!

— ¿Verdad que sí? ¡Ay, qué susto me ha dado usted!

¡Creí que iba a matar a mis chicos! ¡Es usted un hombre terrible, terrible! ¿Cómo ha podido hacer esas cosas?

—Soy Cuarto Dan de judo, Segundo de karate, experto en diversas luchas orientales... y en pequeños trucos de mala leche, señor Delmare.

— ¡Ay...! Pero... ¿Es eso posible?

— ¿Conoce usted al señor Darren Somerset?

Nino Delmare se atragantó tan violentamente que comenzó a toser. Pat le dio unas palmaditas en la espalda, le llevó a sentarse en un sillón, e hizo lo mismo, frente a Delmare.

—Ya veo que sí —murmuró—. ¿Salieron de aquí las chicas que fueron asesinadas en el chalé de Bridgeport?

Nino Delmare continuaba tosiendo... La violentísima bofetada aplicada por Pat Cranston le enderezó, le hizo proferir un gritito de

ratita, y, ciertamente, le curó completamente la tos.

— ¿Salieron de aquí las chicas que fueron asesinadas en el chalé de Darren Somerset en la playa de Bridgeport? —repitió amablemente la pregunta Pat Cranston.

—Ay... ¡Ay, Dios mío, ay...! —gimió Delmare.

—Señor Delmare, es evidente que la policía o el FBI todavía no han llegado hasta usted; posiblemente, nunca consigan la pista que he conseguido yo..., a menos que usted no sea sincero conmigo. ¿Está claro?

— ¿Quiere decir... que no le dirá a la policía...?

—Si usted colabora conmigo, no. Yo tengo mis motivos particulares, así que no le diré nada a la policía. Pero, si usted sigue haciéndose el mariquita tonto, le voy a dejar la cara que no lo querrán ni para monstruo en las películas de terror..., y naturalmente, luego le diré a la policía que el Delmare Beauty es, simplemente, un antro de putitas y maricas que usted entrena. ¿Qué alternativa le parece mejor para usted?

—Ay, ay, Dios mío...

—Si vuelve a meter a Dios en esto, le arranco las orejas. Le aseguro que lo haré: soy muy malo, malísimo. De veras.

—El..., el señor Somerset... Bueno, él es... cliente asiduo de mis servicios, y... Yo... Sí, le..., le enviado con frecuencia chicas y chicos... Sí, también chicos, a veces... El es un buen cliente desde hace tiempo...

—Enhorabuena. ¡Las chicas del chalé de Bridgeport eran de su elenco artístico!

—Sí... ¡Oh, sí...! ¡Sí, sí!

— ¿Dónde vivían cada una de esas chicas, de dónde procedían, con quién se relacionaban aquí, en Nueva York?

— ¡No sé tantas cosas! Yo sólo tenía sus nombres y el número de su teléfono, por si las necesitaba... Usted comprende...

—Anóteme sus nombres y esos números telefónicos.

—Pe..., pero no..., no puedo hacer eso, no...

—En cambio, yo sí puedo dejarle a usted feísimo. Elija.

Nino Delmare, que contemplaba con incrédulo espanto a Pat Cranston, vaciló todavía unos segundos. Por fin, derrotado, se dirigió a su mesa, se sentó, tomó pluma y papel, requirió la memoria de una libretita de tapas blancas y comenzó a anotar nombres y números de teléfono. Poco después, Pat guardaba la hoja de papel.

— ¿El señor Randolph Alister también era cliente suyo? —murmuró.

— ¿Alister? ¿El que...? Oh, no, ése, no. De veras, se lo juro. ¿Qué..., qué piensa hacer usted con esa lista?

—La verdad es que no lo sé bien —murmuró de nuevo Pat—,

pero si no encuentro nada mejor no tendré más remedio que utilizarla para iniciar una investigación que no será nada fácil, teniendo en cuenta mis... circunstancias. Le voy a dar un buen consejo, señor Delmare: no le diga nada a nadie de esto. Por su bien: si se enteran dé que me ha puesto al corriente de algo, le cortarán la cabeza.

— ¡Oh!

—Desagradable, ¿verdad?

—Pero..., pero... ¿quién es usted? ¿Qué es lo que está... buscando?

—Estoy buscando dos cosas. Una de ellas es un grupo de personas capaces de hacer lo que hicieron en el chalé del señor Somerset. La otra cosa es una comprobación sobre algo que dicen que ha hecho una persona que yo no creo que fuese capaz de hacer esa cosa.

—No... no entiendo esto último...

—Tampoco le hace falta —sonrió Pat—. Bien, señor Delmare, muchas gracias por todo y espero que hasta nunca. Espero salir pacíficamente ele aquí, pero si usted lo prefiere, puedo perder un minuto rompiendo algunas espaldas y algunos brazos de sus muñequitos.

No hubo necesidad de ello.

Entre la lección recibida poco antes y el impresionante aspecto de Pat Cranston, que antes no habían sabido ver las putitas y los preciosos jóvenes, ninguno de éstos tuvo nada que oponer a la salida del budoka.

Media hora más tarde, Cranston estaba instalado en un hotel discreto y modesto, sin equipaje alguno, previo pago de tres días por anticipado. Cerca del hotel había un pequeño restaurante, donde cenó sobriamente. Cuando regresó a su habitación, había decidido ya que lo mejor, sin duda alguna, era esperar noticias de Pamela Newman sobre el coche de los tres tipos del aparcamiento. Si por este lado no conseguía nada, tendría que investigar a las muchachas asesinadas en el chalé..., lo que sería, desde luego, toda una investigación.

—A menos —murmuró—, que me decida a ir a ver a Somerset, le rompa la cara a él y a sus dos matones, y le obligue a conversar conmigo sobre el tema, sin admitirle tonterías...

Pero de eso había tiempo. Para un Cuarto Dan de judo, Segundo Dan de karate..., y muchas cosas más, no era precisamente un honor vérselas con sujetos que no tenían media bofetada...en conjunto.

Decidió llamar a Pamela Newman por teléfono, pero la muchacha no contestaba. Insistió un par de veces, con el mismo resultado. Tras deducir que Pamela debía estar quizá en contacto con un detective privado, o buscando uno que mereciese confianza, Patrick Cranston decidió que lo mejor era descansar. A fin de cuentas,

aunque las pocas bofetadas que había repartido ni siquiera habían alterado su pulso, sí se sentía algo fatigado... por el fin de semana pasado con Rosie, la muy simpática, complaciente y cachonda Rosie.

Curioso.

Muy curioso.

Le pareció muy curioso que cuando se acostó, no fuese la imagen de Rosie la que apareciese en su mente, sino la de Pamela Newman.

En verdad curioso.

CAPÍTULO V

A las ocho y media de la mañana siguiente, Pat Cranston llegaba ante el edificio donde Pamela Newman tenía su apartamento, a pie, después de haber dejado el coche estacionado un par de calles más abajo.

Su preocupación era considerable. Había estado llamando a la muchacha desde las siete y media, sin obtener respuesta, hasta las ocho, hora en que decidió visitarla. Tenía la convicción de que le había complicado no poco la vida a Pamela, jovencita que, sin duda, no estaba acostumbrada a complicaciones de ninguna clase. Era muy poco probable que ella supiese afrontar situaciones, no ya peligrosas, sino tan sólo inesperadas.

Subió en el ascensor y, poco después, pulsaba el timbre del apartamento. Nada. Silencio.

Como quiera que ya había barruntado aquella contingencia, Pat utilizó sus propios medios para entrar: un alambre que se había procurado para tal fin, y con el que, con alguna dificultad, consiguió forzar la cerradura.

Entró en el apartamento, cerró la puerta a su espalda y quedó inmóvil en el pequeño recibidor.

— ¿Pamela? —llamó suavemente. Silencio.

Sin hacer el menor ruido, Pat Cranston se adentró en el apartamento. Pasó por delante del saloncito, en el que, desde luego, no estaba Pamela Newman. Tampoco estaba en el dormitorio. Ni en la cocina, ni en el cuarto de baño... Sencillamente: Pamela Newman no estaba en su domicilio. Todo estaba en orden; se podía pensar que la muchacha había salido para trabajar, simplemente. Pero., ¿adónde? Con la muerte de Alister, ella se había quedado sin trabajo, al menos por el momento, ya que quizá más adelante pudiese encajar en otro puesto dentro de la empresa de Alister. Quizá, aunque era poco probable, si había estado trabajando como secretaria particular.

¿Había salido en busca de trabajo?

«Absurdo—se dijo Pat—. No creo que tenga tanta prisa: si dispone de quinientos dólares para invertir en un detective privado, es. que tiene más dinero; puede estar sin trabajar tranquilamente una temporada...»

Regresó al saloncito y se dejó caer en un sillón, pensativo y

preocupado el gesto. Sobre la mesita cercana al sofá estaba el listín telefónico, abierto por las páginas de detectives privados..., pero las esperanzas de Pat se desvanecieron pronto; había muchísimos detectives privados en Nueva, York, y, tras un meticuloso examen de las páginas no encontró que ningún nombre o teléfono estuviese señalado. Se podía pensar que Pamela había recurrido a alguno de los más cercanos a su domicilio, pero éstos no tenían que ser, precisamente, los mejores...

Pat estaba a punto de encender un cigarrillo cuando, de pronto, quedó inmóvil.

¿A qué olía allí?

A perfume... Sí, a perfume. Pero no al perfume de Pamela Newman, estaba seguro. Y sin embargo, conocía aquel perfume, le era remotamente familiar. Remotamente familiar... No, no tan remotamente. Su olfato era muy fino, como su oído. Conocía aquel perfume. Lo había percibido recientemente. Pero ahora era tan tenue... Pat se puso en pie y se paseó por el saloncito, olisqueando como un felino.

De pronto, se detuvo en seco, y en su rostro hubo una brusca crispación.

—Nino Delmare —dijo en voz alta—. ¡Nino Delmare!

La revelación lo dejó estupefacto, desconcertadísimo. ¿Había estado Nino Delmare allí, en el apartamento de Pamela? ¿Cuándo? ¿Para qué? ¿Se conocían la bella pelirroja y el mariquita llorón? De lo que no cabía la menor duda era de que el perfume era de Nino Delmare: lo había percibido muy bien cuando estuvo, la noche anterior, en su despacho privado que parecía una cajita de bombones para niñas vírgenes en oferta. ¿Qué clase de relaciones podía haber entre Pamela y Nino Delmare? ¿Quizá... era una de sus chicas?

Apretados los labios, Pat volvió a sentarse en el sillón, y encendió el cigarrillo, por fin. Y así estaba, fumando y pensando, cuando sonó el timbre del teléfono, ocasionándole un sobresalto considerable. Se dirigió inmediatamente hacia el aparato.

— ¿Sí? —musitó.

—¿...?

—Sí. Aquí es.

—...

—La señorita Newman no puede ponerse en este momento, está en el cuarto de baño. Puede darme a mí el recado.

—¿...?

— ¿Yo? Evidentemente, soy un buen amigo de ella, señor... ¿Quién le digo que la llama?

—...

—Mac Travers, detective privado... Ah, ya. Entonces es por lo

del «Ford» berlina de color granate, matrícula N.Y. 896015

—¿…?

—Naturalmente que estoy al corriente de ese asunto. Pamela le contrató a usted porque yo se lo pedí. Le entregué quinientos dólares y le dije que buscase un buen detective.

—¡…!

— ¿Sólo cuatrocientos? —el tono de voz de Pat se tornó un tanto festivo—. Bueno, ya sabe cómo son las mujeres, señor Mac Travers: seguro que Pam piensa que se puede comprar algo bonito con los cien dólares que nos ha escamoteado a usted y a mí. Mire, a mí no me viene de cien dólares, pero sí tengo prisa por tener esos informes. Hagamos un trato: dígame a quién pertenece ese coche y le garantizo que le enviaré otros doscientos dólares inmediatamente. ¿De acuerdo?

—No hace falta: recordaré lo que usted me diga. ¿A quién pertenece ese coche?

—…

— ¿Está seguro? —exclamó Pat.

—…

—Bien… Ha trabajado usted muy de prisa y a mi satisfacción, señor Mac Travers, recibirá esos doscientos dólares. Buenos días.

Colgó y fue a sentarse de nuevo al sillón, dedicándose a terminar el cigarrillo. Gladys

Somerset… El coche era propiedad de Gladys Somerset, la mujer que opinaba, no sin razón, que su marido era un cerdo. ¿Por qué estaban utilizando aquellos tres tipos el coche de la señora Somerset? ¿Casualidad relativa, es decir, que Darren Somerset había puesto a disposición de aquellos sujetos el coche de su esposa? ¿O lo había hecho ella?

«No entiendo nada —se dijo Pat—. ¡Nada…!»

Pero sí había una cosa que entendía. Pamela Newman, la muchacha que se había prestado a ayudarle, no estaba en su apartamento…, que olía a Nino Delmare. Tenía dos caminos a seguir para empezar el día. ¿El coche o la muchacha? Decidió que Pamela tenía preferencia.

Cuando salió del apartamento eran las nueve y veinte de la mañana. Poco después llegó adonde había dejado el coche, se puso al volante y partió hacía el Delmare Beauty.

Llegó cerca de las diez de la mañana. Un día aceptable, con un voluntarioso sol que estaba consiguiendo disipar las neblinas neoyorquinas. Durante el trayecto había temido que el salón de belleza, danza, yoga y gimnasia, estuviese cerrado. Pero no. Estaba abierto. Pero la chica que recibía a las visitas no era la misma. Era algo mayor, menos vistosa que la de la noche, pero más elegante, con más clase. Le sonrió muy amablemente, y preguntó:

— ¿Desea alguna información, señ...?

Pat Cranston no le hizo el menor caso. Fue a la puerta-espejo, la empujó y entró en la sala, que estaba ahora matizada por una suave y sedante luz roja, discretísima. El silencio era total. En el centro de la sala había ahora un tipo barbudo, ataviado con una túnica blanquísima, sentado sobre la madera, cruzadas las piernas en la postura *Asana Padmasana*, de modo que el empeine del pie derecho descansaba en el muslo izquierdo, y el empeine del pie izquierdo en el muslo derecho. Pat Cranston respetaba demasiado el yoga para adoptar cualquier actitud que pudiera molestar. Incluso, discretamente, retrocedió, como queriendo esfumarse,

Pero notó el movimiento en el grupo de personas sentadas frente al guru, y distinguió a Nino Delmare poniéndose en pie. Los demás alumnos de yoga no se habían movido, parecía que ni siquiera respiraban. Nino Delmare se apartó del grupo, llevándose un dedo a los labios y señalando acto seguido en dirección a su despacho. Pat asintió, salieron los dos de la sala y en seguida Delmare inquirió:

— ¿Qué ocurre ahora?

Pat lo miró de arriba abajo. Delmare era toda una maravilla: ahora llevaba sólo una túnica blanca, abierta por los sitios precisos para que se pudiese apreciar perfectamente que se depilaba el vello del pecho y brazos. Pat movió la cabeza con un gesto de incomprensión, y tras tomarlo del brazo, lo llevó hacia el despacho. Cerró la puerta y se quedó mirando al bello Delmare.

— ¿Dónde está Pamela Newman? —preguntó fríamente. Nino Delmare palideció.

—Ay, Dios mío... —gimió.

—Delmare, se lo advertí: le arrancaré las orejas si continúa metiendo a Dios en sus asuntos. ¿Dónde está la señorita Newman?

—No..., no sé, yo no sé de qué me habla...

— ¿Sabe a qué me huele usted, Delmare? No me gusta hablar así, pero no se me ocurre otra definición: huele usted a puta cara. Su perfume es caro, pero de mal gusto.

Una dama no lo utiliza jamás, pero sí es muy propio de una semidama o de un semihombre. El apartamento de la señorita Newman apesta a puta cara, y yo sé que el perfume no es de ella. Le he recordado a usted. ¿Qué fue a hacer anoche al apartamento de Pamela? ¿Dónde está ella?

—No lo sé... ¡No lo sé! —gimió Delmare—, Yo sólo he complacido a mi cliente, como siempre, sólo eso... ¡Se lo juro!

—Tampoco me gustan las personas que juran.

—Ay, D... ¡Ay!

— ¿Qué ha querido decir con eso de que sólo ha complacido al cliente? Tómeselo con calma, respire hondo, y dígame todo seguido.

¿De acuerdo? Sosiéguese, hombre; no es posible estar tan nervioso después de una sesión de yoga. Tranquilo... Tranquilo...

Nino Delmare consiguió serenarse por fin.

—Se la entregué al señor Somerset —musitó—. El me llamó, me dijo que quería a la señorita Newman, y yo... fui a por ella, para llevársela.

— ¿Quiere decir que Pamela Newman es... una de sus chicas?

—No, no. Es que... a veces, un cliente tiene... caprichos que parecen imposibles de satisfacer, y entonces, recurre a mí...

—No comprendo —palideció Pat, que, en el fondo, temía haber comprendido.

—Pues cuando… cuando un cliente se encapricha de una chica que normalmente está fuera de su alcance sexual, me..., me contraía. Yo secuestro a la muchacha y se la entrego al cliente, para que..., para que disfrute con ella...

— ¡Para que disfrute con ella,..! —jadeó Pat—. ¿Y luego? ¿Qué hacen luego con esas chicas? ¿Las violan y las dejan marchar..., o ya no regresan a sus casas?

—No sé... ¡Yo no sé eso! Yo entrego la chica y no sé más.

— ¿Le entregó anoche la señorita Newman al señor Somerset?

—Sí, sí... Anoche fui allá con dos de mis muchachos; ella no estaba, pero entramos, de todos modos, y la esperamos... Llegó muy tarde, pero así fue mejor, porque cuando salimos no había nadie en parte alguna, y nos la pudimos llevar tranquilamente. Eso..., eso fue lo que pasó.

Los párpados de Pat se entornaron, casi ocultando completamente las claras pupilas.

—Delmare —musitó—, ¿se da cuenta de que está hablando tan claramente que si yo aviso a la policía le van a poner la soga al cuello?

Delmare no contestó. Comenzó a retorcerse los dedos y su mirada, reluciente, fue hacia la puerta del despacho... Pat casi cerró los ojos: la alarma estaba comenzando a sonar en su mente. Volvió la cabeza hacia la puerta del despacho. Luego, miró alrededor: no había ventana en el despacho de Nino Delmare, sólo un renovador de aire, cuyo zumbido se oía ahora muy suavemente en el silencio. Por fin, Pat volvió a mirar a Nino Delmare.

—Estoy metido en una trampa, ¿verdad? —susurró—. Han obligado a Pamela Newman a decir que estaba en contacto conmigo, y estaban vigilando su apartamento, esperándome... Me han seguido, y ahora estoy de lleno en la trampa. Debe haber algunos hombres ahí fuera, en el pasillo... ¿No es verdad, Delmare?

Desencajado el maquillado rostro, Nino Delmare dio un par de pasos atrás, y comenzó a gritar:

— ¡Se ha dado cuenta! ¡Entrad o va a,..!

Los labios de Pat Cranston se habían apretado. Dio un paso hacia aquella escoria humana, alzando el brazo derecho y crispando la mano, endureciéndola como sólo sabe hacerlo un karateka antes de descargar el golpe... La mano silbó en el aire y, en el mismo momento en que se abría la puerta, caía sobre la frente de Delmare, que crujió como pasta de galleta, y se hundió... Los ojos de Nino Delmare parecieron saltar de las órbitas, su rostro se desencajó aún más, su cabeza pareció hundirse entre los hombros, mientras caía hacia atrás, muerto en el acto.

— ¡Ya basta! —ordenó un hombre desde la puerta—. ¡No se mueva!

Pat Cranston se volvió, tranquilamente, y vio al hombre que esgrimía su pistola, apuntándole. Pero no estaba solo. Tres hombres más, igualmente armados, entraron en el despacho, también pistola en mano. A dos de ellos ya los conocía Pat: eran los que habían sobrevivido a su encuentro en el aparcamiento subterráneo.

—No mueva ni una pestaña —susurró el hombre que había hablado antes—. No complique las cosas...

Pat permaneció inmóvil. Uno de los hombres se inclinó sobre Nino Delmare, lo examinó brevemente y alzó la cabeza.

—Está muerto —dijo con indiferencia.

—Bueno, era sólo un perro —dijo el jefe del grupo—. Registrad al caballero. Y mucho cuidado: nada de fallos esta vez.

—No lleva armas —dijo el de la nariz rota—. ¡Maldito sea, no las necesita para maldita la cosa!

—De todos modos, registradle.

El cacheo, efectivamente, dejó bien claro que Pat Cranston no llevaba arma alguna. El jefe del grupo movió la pistola hacia la puerta.

—Camine —dijo—. Le están esperando para hacerle unas cuantas preguntas.

Pat Cranston se dirigió hacia la puerta, sin contestar. El jefe del grupo retrocedió, siempre dándole frente y apuntándole con la pistola, de modo que salió de espaldas al pasillo, mientras los otros tres, no menos vigilantes que su jefe, cerraban la marcha.

Un practicante de judo no sólo adquiere una gran habilidad para la lucha y fortalece sus músculos, sino que, precisamente para conseguir la máxima eficacia de sus conocimientos, tiene que desarrollar una gran imaginación. Y hacía ya mucho tiempo que la imaginación de Pat se había desarrollado en ese sentido.

Lo que hizo, apenas poner un pie fuera del despacho, fue totalmente inesperado para aquel grupo de hombres armados. Podía haber hecho cualquier cosa, menos aquélla: se inclinó delante del jefe como si fuese a recoger algo del suelo... y una fracción de segundo

más tarde, su mano izquierda había pasado por la entrepierna del hombre, la mano derecha había asido la chaqueta y tiraba de él hacia sí.

En el segundo de desconcierto que tuvieron los otros tres hombres, Pat tuvo suficiente para terminar su acción... Atraído el hombre, cayó sobre sus hombros, gritando, sin saber qué hacer con la pistola... Y aún gritó más cuando Pat se irguió fuertemente, balanceando su torso hacia atrás, es decir, hacia el interior del despacho.

Gritando aún más, el jefe del grupo salió impulsado hacia los otros tres hombres, interponiéndose, por lo; tanto, entre éstos y Pat, y, tras el vuelo a que lo lanzó el *kataguruma*, fue a estrellarse contra ellos, derribando a dos, haciendo retroceder tambaleante al tercero y cayendo él mismo al suelo acto seguido.

La confusión duró tres o cuatro segundos en el grupo. El primero en reaccionar fue el único hombre que no había rodado por el suelo y que, tras recuperar el equilibrio, se lanzó hacia la puerta... Apareció en el pasillo en el momento en que otra puerta, cinco o seis metros más allá, se cerraba fuertemente y se oía el girar de un pestillo.

— ¡Por todos los...! —aulló el hombre, echando a correr hacia allí.

Llegó ante la puerta e intentó abrirla, pero en vano. Los demás, pálidos, desorbitados los ojos, se reunieron con él ante la puerta de aquella habitación, o lo que fuese, situada frente al despacho, al otro lado del pasillo y cinco o seis metros a la izquierda de la salida de éste...

— ¿Qué hay aquí dentro? —gritó uno de los hombres.

— ¿Y qué importa eso? ¡No podrá salir!

—Quizá sí —dijo otro—. Quizá esta puerta dé al interior de la manzana y es casi seguro que tendrá una ventana a algún patio... ¡Hasta es posible que disponga de escalera de incendios!

— ¡Apartaos! —gruñó el jefe.

Apuntó con su pistola a la cerradura de la puerta, y comenzó a disparar. Plop, plop, plop... Las astillas de madera saltaban a todos lados. Un rabioso puntapié acabó de abrir la puerta, que saltó despedida hacia el interior, rebotó al llegar a la pared y regresó hacia los hombres que entraban precipitadamente, mirando a todos lados. La puerta fue repelida furiosamente..., mientras todas las miradas se clavaban en la ventana que tenían enfrente mismo. Es decir: en el hueco de la ventana completamente abierta.

Lanzando maldiciones, los cuatro hombres se apelotonaron en la ventana, mirando hacia abajo. En efecto, se veían patios interiores, con cajas, pequeños cobertizos y hasta, en uno de ellos, un diminuto y patético jardín con un par de raquíticos arbolillos milagrosamente

supervivientes, y un sofá-columpio. La distancia hasta los patios era de casi ocho metros..., pero, contra lo que podía esperarse, no se veía a Pat abajo, ni corriendo para alejarse más, ni tan siquiera, lo que parecía más lógico todavía, tendido en el suelo con algún hueso roto, que habría sido lo normal al saltar desde aquella altura.

—Pero... ¿dónde diablos se ha metido? —vociferó el jefe.

—Tiene que haber salido de esos patios ya.

— ¡Hay casi diez metros de altura!

— ¿Y qué? ¡Es capaz de todo, te lo aseguro! ¡Tenías que haber visto cómo saltó contra el coche...!

— ¡Vamos a la calle! ¡Tiene que salir de la manzana por un sitio u otro! No va a escapar volando, ¿verdad?

En tropel, los cuatro hombres salieron de aquel cuarto, corrieron por el pasillo, descendieron las escaleras empujándose unos a otros, llegaron al pasillo del piso inferior, lo recorrieron, aparecieron en la sala de danza, gimnasia y yoga, y la cruzaron siempre a todo correr..., sin conseguir que el guru y sus discípulos reaccionaran en lo más mínimo. Cuando desaparecieron de la sala, todo quedó en silencio, como si nada hubiera ocurrido.

Arriba, agarrado a una de las tuberías del edificio por encima de la ventana, por la que se suponía había saltado, Pat Cranston percibía, también, aquel tranquilizador silencio.

Durante unos segundos, por debajo y muy cerca de sus pies, había tenido las cabezas de aquellos hombres, que habían pensado en todo... menos en la posibilidad de que su presa estuviese justo encima de ellos, viéndolos y oyéndolos, agarrado fuertemente a la tubería en la que se había encaramado.

Finalmente, se descolgó, osciló un par de veces ante el hueco de la ventana y saltó al interior del cuarto, en silencio, como un felino. Un instante más tarde, se asomaba al pasillo. Nadie a la vista. Sigilosamente, descendió al piso inferior. Tampoco había nadie en aquel pasillo. Comenzó a abrir puertas, hasta que encontró los vestuarios. Sonrió al ver varias túnicas colgadas en soportes de la pared. Rápidamente se quitó la ropa, se descalzó, hizo un paquete con todo, y tras ponerse una de las túnicas, lo ocultó debajo. Luego, con toda cachaza, salió a la sala, caminó silenciosamente hasta el grupo de discípulos, se sentó entre éstos adoptando la postura *Asana Padmasana*, y quedó inmóvil como una estatua.

* * *

Casi una hora más tarde, los cuatro hombres, que se resistían a alejarse del Delmare Beauty, vieron salir a algunos de los practicantes de yoga, vestidos ya de calle. Menos uno, que al parecer, tenía una gran prisa, porque salió a toda marcha cuando pasaba un taxi, y, con

un revoloteo de túnica, se metió dentro. El taxi partió.

Alejados unos de otros, los cuatro hombres cambiaron una mirada de desconcierto inicial. Luego, de pronto, los cuatro palidecieron. Pero, cuando comprendieron la gran tomadura de pelo de que habían sido objeto, el taxi estaba ya completamente fuera de su alcance.

Y dentro del taxi, por el retrovisor, el taxista contemplaba, entre mosqueado y atónito, el cambio de ropas que estaba efectuando el muy sorpresivo pasajero. Bueno, ¿qué podía decirle? Cualquiera puede tener prisa, ¿no es así?

Cinco minutos más tarde, el taxista se felicitaba a sí mismo por haber sido tolerante, cuando quedaba de nuevo libre y con un billete de cincuenta dólares en la mano.

— ¡Cáscaras! —exclamó, por fin—. ¡Ojalá me pasase cada día una cosa así!

CAPÍTULO VI

La señora Somerset apareció en su saloncito de recibo, todavía colocándose bien la bata sobre su cuerpo desnudo y todavía húmedo. Llevaba recogidos los cabellos, que aún goteaban. Su mirada quedó fija en Pat Cranston, que se volvió, dejando de contemplar un cuadro para mirarla amablemente.

—Se levanta usted muy tarde, señora Somerset —comentó.

— ¿Qué quiere ahora? —exclamó la mujer—. Ya me ha ocasionado bastantes disgustos...

— ¿A qué se refiere? —alzó las cejas Pat.

— ¡Ayer, Darren se enteró de que usted había estado conmigo! ¡Yo había fiado en su discreción y usted...!

—Señora Somerset, le aseguro que no fui yo quien le dijo a su marido que la había visitado; simplemente él tenía el presentimiento de que lo haría y colocó a dos de sus empleados vigilando la casa.

— ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre exactamente con usted?

—Sería muy largo de contar —murmuró Pat—. Y no tengo tiempo, en estos momentos. Ahora, lo que quiero es saber dónde está Pamela Newman, y cuál es su papel en este juego.

— ¿El papel de quién?

—De usted, señora.

— ¿Mío? —se pasmó la mujer—. ¿De qué está hablando?

—El coche «Ford» matrícula del estado, número S96015 es de usted, ¿no?

— ¿El coche...? Ah, sí... Sí, sí, ese viejo coche. Sí.

— ¿Viejo coche?

—Bueno, es de hace ya cuatro años, me parece. Quería venderlo, pero me pareció mejor conservarlo para ir por aquellos caminos. Aunque la verdad es que ya casi nunca voy por allí.

— ¿Por dónde?

—Por la casa de campo.

—La casa de campo —Pat frunció el ceño—. ¿Quiere decir que ustedes tienen, además de un chalet en la costa, una casa de campo en el interior?

—Sí. Bueno, la casa es mía, no de Darren. Ya era de mis padres, y por eso la he conservado, aunque, como le digo, casi nunca voy ya por allí. Pero sí, tengo allí, en el cobertizo, ese coche «Ford». Los caminos no son muy buenos por esa parte, y me pareció conveniente

tener allí un coche viejo para ir por ellos. Así que dejé el «Ford» allí. Ni me acordaba de él.

—Dichosa usted, señora Somerset. Bien, usted dice que ese coche lo tiene olvidado, pero yo le digo que ayer noche ese coche circulaba por Nueva York.

— ¡Imposible!

—Lo vi con mis propios ojos, y le aseguro que tengo buena memoria, así que recuerdo muy bien la matrícula. Tres hombres querían meterme en ese coche, y llevarme no sé adónde... Un momento... ¡Un momento! ¿Dónde está exactamente esa casa de campo?

— ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque parece el lugar ideal para llevar a una persona a la que se quiere tener fuera de circulación. Eso es lo que querían hacer conmigo... y, seguramente, eso es lo que han hecho con Pamela Newman.

—Ni siquiera sé quién es Pam... ¡Oh, sí! ¡La secretaría de ese pobre hombre, Randolph!

Alister, ¿verdad? En los periódicos... Santo cielo, ¿cree usted que esa muchacha está en mi casa de campo?

—Sí.

—Pero... ¿qué hace allí?

Pat Cranston hizo un gesto de resignación.

—Dígame dónde está esa casa, señora Somerset. Por favor.

* * *

—Vaya un lugar aburrido —masculló Wayne.

—Seguro que sí —asintió Luke—, pero muy tranquilo. Casi podríamos pensar que estamos de vacaciones.

— ¡Vacaciones! —bufó Wayne—. ¡Mierda de vacaciones...!

—No seas mal hablado, hombre —rió Luke—. Hay con nosotros una señorita...

Miraron los dos a Pamela Newman, que estaba sentada en una silla, atada a ésta de pies y manos. Las ropas de la muchacha se veían desgarradas, mostrando buena parte de su hermoso cuerpo, al que, por supuesto, los dos hombres dirigían frecuentes miradas que revelaban sus pensamientos, sus deseos, Pero las órdenes eran las órdenes, así que no tenían más remedio que contentarse con eso: con mirar con mal contenida lujuria las parciales desnudeces de Pamela.

Estaban los tres en el salón de la casa de campo. Y, en efecto, el lugar no podía ser más tranquilo. Cerca de Nueva York, pero lo bastante alejado para que se pudiese disfrutar de paz y silencio.

—Pronto será la hora del almuerzo —dijo Wayne, sonriendo—. ¿Qué le gustaría almorzar, nena?

Pamela no contestó. Miraba de uno a otro hombre, cada vez que hablaban, procurando parecer serena, pero, en el fondo, temiendo que de un momento a otro hicieran algo más que mirarla. La sorprendía y la tenía, incluso inquieta, el hecho de que no la hubiesen violado, cosa que, estaba bien segura, habían pensado y seguían pensando. ¿Por qué no lo hacían? ¿Qué destino le tenían preparado?

—Se ha quedado muda —rió Luke—. Anoche le dieron tal susto aquellos maricones, que todavía no ha recuperado la voz.

—Lo que no entiendo —frunció el ceño Wayne— es por qué utilizaron a aquellos fantoches. Nosotros podríamos haberlo hecho, ¿no?

—No, hombre. Nosotros ya habíamos sido vistos con el señor Somerset, en el cementerio, y sí alguna persona amiga de la señorita Newman nos hubiese visto por el edificio donde ella vive, más adelante podría haber obtenido conclusiones molestas... para el señor Somerset. Así que tuvo que recurrir a un profesional de la venta de carne.

¿Sabe usted lo que es la venta de carne, señorita Newman?

La señorita Newman se limitó a pasarse la lengua por los labios.

— ¡Anda, pues lengua sí tiene! —rió Wayne—. ¡Y qué bonita, tan sonrosada y tierna! Apuesto a que debe ser muy dulce... ¿No te gustaría probarla, Luke?

—Vaya que sí —centellearon los ojos de Luke—. Pero a lo mejor ella piensa que la lengua es sólo para hablar.

Rieron los dos, fijas sus miradas en la muchacha, que sintió un vacío en el estómago. Ni siquiera la habían tocado, y eso era algo que no podía comprender. Lo que sí había comprendido, y contribuía no poco a su preocupación respecto al futuro, era que Darren Somerset tenía mucho que ver con su secuestro.

—Pues la venta de carne —prosiguió Luke— quiere decir eso precisamente: venta de carne. Humana, claro. Y viva. ¿Usted comprende ahora, nena? Apuesto a que no conoce usted a Nino Delmare. Es una porquería de persona, si se la puede llamar así. Bajo su tinglado de mariquita embellecedor tiene un negocio de niñas y jovencitos. ¿Va comprendiendo?

— ¿Qué..., qué van a hacer conmigo? —casi tartamudeó Pamela. Los dos sujetos se quedaron mirándola atónitos.

— ¡Hombre...! —exclamó Wayne—. ¡La muñeca ha hablado!

—Ya era hora. Desde que dejó de lloriquear anoche, no había dicho esta boca es mía. Ni siquiera cuando le hemos preguntado si quería que la acostáramos, pues estaría más cómoda en una cama.

—Debe pensar que si la vemos en la cama, ¡zas!, ¿comprendes?

—Desde luego, no sé si podría contenerme viéndola en la cama —asintió Luke—. Viéndola así, tan asustada y atada, uno puede

contenerse, pero viéndola en la cama...

Sonrió sin terminar la frase. Pamela seguía mirando de uno a otro.

—Pero, hombre, contéstale —dijo Wayne—. ¿Qué pensarnos hacer con ella?

—Ojalá lo supiéramos. Pero eso, preciosa, es asunto del señor Somerset. Usted, al relacionarse con Pat Cranston, lo ha dejado muy, muy preocupado. Y claro, se ha complicado usted la vida.

—Pat me encontrará —dijo Pamela.

Wayne y Luke cambiaron una mirada, el primero refunfuñó algo, y el segundo se encogió de hombros.

—No nos sorprendería nada, francamente —admitió—. Pero su amigo Pat Cranston ya ha complicado demasiado las cosas con su intervención, así que el señor Somerset está intentando... arreglar este asunto por el lado bueno y conveniente.

— ¿Qué quiere decir?

—Será mejor que cierres la boca —dijo Wayne—. Y ya que hemos hablado de almorzar, yo empiezo a tener apetito...

— ¿No quieren decirme qué piensan hacer conmigo? —insistió Pamela.

—No se preocupe, se hará todo lo posible para que todo termine bien y a gusto de todos.

—Pero quisiera saber...

—Mire, nosotros no somos los que tomamos las decisiones, señorita Newman. Nosotros obedecemos, simplemente, y dejamos que otros piensen y tomen decisiones. En este caso, le garantizo que hay buenas cabezas pensantes en busca de una solución razonable al problema que usted representa.

—Por ejemplo —dijo Luke—; a usted seguramente la utilizarán como estrella protagonista en una película pornográfica y luego la venderán como carne en el mercado asiático. ¿Qué le parece?

—No le haga caso —sonrió Wayne—; es un bromista. Bueno, en serio: ¿hay algo que le venga especialmente de gusto para almorzar?

Pamela Newman negó con la cabeza. Wayne se encogió de hombros, se puso en pie, y comenzó a caminar hacia la puerta del saloncito... De pronto se detuvo en seco y ladeó la cabeza.

— ¿Has oído? —murmuró.

— ¿El qué? —preguntó Luke.

—No sé... Me ha parecido oír un ruido afuera.

—Yo no he oído nada.

La pistola apareció en la mano de Wayne, que miró primero a la puerta y luego a la ventana. Luke se había puesto en pie, también pistola en mano.

—Maldito seas... ¿Qué has oído?

—Te digo que no lo sé. Pero juraría que he oído algo,.., que algo ha roto el silencio. Echa un vistazo por la ventana. Y si ves a ese tipo, no te pongas nervioso, ya sabes que no podemos matarle, por el momento.

Luke asintió, se acercó a la ventana y miró al exterior. No vio nada, ni oyó nada. Un mediodía soleado, tranquilo, silencioso. Un camino de tierra en bastante mal estado llegaba hasta cerca de la casa desde la carretera. A la derecha había otro camino, que llegaba hasta el pueblo cercano, bifurcándose antes en dirección a un lago.

—Yo no veo nada —murmuró.

Wayne abrió la puerta del salón, echó un rápido vistazo afuera, regresó adentro y cerró de nuevo, ahora con llave.

— ¿No vas a buscar algo para almorzar? —gruñó Luke.

—Y un huevo —masculló Wayne—, a mí no me pesca a solas ese tipo, en estas condiciones de tener que respetar su vida.

—Seguro que has tenido alucinaciones —rió Luke—. A estas horas, los demás deben haberlo cazado ya en Nueva York.

Wayne vaciló. Miró hacia el teléfono, volvió a vacilar y se acercó al aparato. Guardó su pistola, descolgó el auricular y metió un dedo en un hueco del disco.

—Voy a llamar para... ¡No hay línea!

— ¿Cómo que no hay línea? —graznó Luke—. ¡No digas tonterías! Si vinimos a este lugar fue, precisamente, porque siendo muy discreto estaba comunicado. ¿De qué sirve un teléfono sin línea?

En silencio, Wayne tendió el auricular a Luke, que se acercó, lo tomó y se lo puso pegado a la oreja. Silencio total. Era como si se hubiese colocado en el oído una piedra o una berenjena. Silencio.

Lentamente, Luke colocó el auricular en el soporte, se pasó una mano por la boca y miró de reojo a Pamela, que los contemplaba ahora con los ojos muy abiertos.

—Puede ser una avería, simplemente —murmuró.

—Puede —admitió Wayne—. Pero yo no me muevo de aquí. Seguiremos probando. Si ese tipo está por aquí no se atreverá a entrar: sabe que estamos armados, pero no sabe que nos han prohibido matarle. No se atreverá a,..

— ¡Pat! —gritó, de pronto, Pamela—. ¡Pat, tienen órdenes de no matarte, ellos no pueden...!

Wayne lanzó un respingo y se abalanzó contra Pamela.

— ¡Maldita idiota...!

La violentísima bofetada derribó al suelo a Pamela, arrastrando la silla a la que estaba tan sólidamente atada. Pese al dolor y al miedo, con los ojos llenos de lágrimas, Pamela Newman todavía continuó gritando, pero Wayne saltó sobre ella y le tapó rudamente la boca con la mano izquierda. Luke había lanzado una maldición y miraba hacia

la ventana y hacia la puerta, alternativamente, saltones los ojos.

Silencio.

Pasó un minuto. Dos, tres, cuatro...

Wayne había apartado ya la mano de la boca de Pamela, cuya esperanza se había desvanecido. Refunfuñando, Wayne guardó la pistola, agarró a Pamela y la colocó bien.

—Seguro —gruñó—, no tenernos que matarlos. Pero como vuelva usted a abrir la boca, se va a quedar sin dientes, ¿entiende?

Sacó de nuevo la pistola, y la blandió ante la boca de Pamela, que palideció.

—Tú y tus ruidos —farfulló Luke, sintiéndose en ridículo—. Lo que pasa contigo es que tienes las orejas sucias y oyes los chinches que circulan por tu cerebro. Yo mismo iré a buscar...

El crujido fue tremendo.

Pistola en mano, los dos hombres se volvieron hacia la puerta..., en la que había un astillado boquete por el que aparecía un puño, que desapareció cuando todavía estaba vibrando en el aire el espeluznante Kiai. El Kiai terminó, pero volvió a sonar al mismo tiempo que la puerta retemblaba nuevamente bajo el siguiente golpe, que casi la rajó de arriba abajo, dejando ver otra vez aquel puño que parecía de bronce.

—Mi... madre... —jadeó Luke, lívido.

El puño no desapareció esta vez. Ahora como simple mano, buscó el pestillo, hizo girar la llave, y lo que quedaba de la puerta se abrió, chirriando. Patrick Cranston entró en el saloncito, pero no caminando, sino volando, preparadas sus piernas y sus brazos...

—¡AAAOOOooOOOOOO...!

Aterrado, bloqueada su mente por la orden recibida de no matar a Pat Cranston, Luke y Wayne lo vieron en el aire, como suspendido, con la facilidad de un tigre para dar un insignificante salto. Luke gritó al verlo llegar hacia él, y en el último instante, desbloqueó su mente, el miedo pudo más que la presión de las órdenes recibidas. Así que alzó la pistola, dispuesto a impedir, como fuese, que el tigre llegase hasta él...

Demasiado tarde.

Le pareció que dentro de su cabeza estallaba un globo lleno de dinamita cuando recibió el patadón, y ya no se enteró de más: salió despedido fuertemente hacia la ventana, cerca de la cual cayó finalmente Pat Cranston, suavemente, seguro, flexible.

Plop, chascó la pistola de Wayne.

Pat Cranston lanzó un alarido, se llevó las manos al vientre, giró, y cayó de bruces, quedando inmóvil.

—Pat... —gimió Pamela—. ¡Pat...!

Demudado el rostro Wayne permaneció unos segundos inmóvil,

apuntando todavía al caído Cranston. Sólo entonces, amortiguado el espanto que había sentido al ver volar al budoka, recordó la orden de conservar su vida. Orden que había desobedecido: había podido más el instinto de conservación que el de la obediencia. Y al recordar lo que podía ocurrirle por haber desobedecido la orden, Wayne notó un violentísimo escalofrío en todo el cuerpo, se le pusieron de punta los cabellos...

—No... —jadeó—. No, no, no...

Se acercó precipitadamente a Pat Cranston, dispuesto a atender su herida si todavía estaba vivo. Le puso un pie bajo la axila y le dio la vuelta, colocándolo cara arriba... Lanzó un chillido cuando las manos de Pat Cranston asieron su pie, le apuntó con la pistola y de nuevo disparó..., pero cuando ya estaba girando en el aire, de modo que la bala fue al techo, mientras él, tras la vuelta en barrena, caía de cara al suelo, aplastándose los labios y la nariz. La pistola escapó de su mano y, sangrando, Wayne tanteó en busca de ella. Un pie cayó sobre su mano, pisándola fuertemente, y Wayne alzó la cabeza para mirar por encima de ese pie.

Todavía pudo ver otro pie acudiendo hacia su rostro, pero nada más. Recibió el puntapié en la punta de la barbilla, que crujió, como la nuca. La cabeza casi llegó a tocar la espalda cuando el cuello se rompió, y al regresar a su posición normal, Wayne estaba ya muerto.

Pat Cranston quedó sobre un solo pie encima de la mano derecha de Wayne, recogida de nuevo la pierna con la que había propinado el golpe, lista para dispararla de nuevo. Pero no hacía falta.

El budoka suspiró, colocó ambos pies en el suelo y se volvió a mirar a la muchacha, que le contemplaba con expresión desorbitada.

— ¿Estás bien? —murmuró el budoka.

Ella asintió sin poder hablar. Pat se acercó, la desató y la ayudó a ponerse en pie. Pamela miraba ahora la gran mancha de sangre que se extendía por el costado izquierdo de Pat, empapando la camisa y la chaqueta.

—Dios mío... Dios mío...

—No es nada, creo. Ve a buscar algo para vendarme. Sábanas, o algo así. ¡Vamos, hazlo!

Pamela regresó cuatro o cinco minutos más tarde, con un pequeño botiquín que había encontrado en el cuarto de baño, y una sábana. Para entonces, Luke, que evidentemente no había muerto, estaba atado con las cuerdas que antes había utilizado con ella. Wayne estaba desnudo de cintura para arriba y Pamela comprendió cuando vio en la misma situación a Pat, que había tirado al suelo sus ropas manchadas de sangre.

Pat le dirigió una mirada que intentaba parecer furiosa.

—De modo que tenían orden de no matarme, ¿eh? —gruñó.

—Yo... yo... yo... Ellos lo... lo dijeron... ¡Ellos lo dijeron y yo te avisé para que...!

—Bueno, bueno, cálmate. Así debía ser, pero no me sorprendió demasiado su reacción. Era lógica. Por eso fingí estar muerto o malherido al recibir el balazo. Pero sólo ha sido una insignificancia: un pequeño agujero con salida.

—Se... sería mejor que llamásemos... a un médico...

— ¿Por teléfono? —Pat negó con un gesto—. Corté la línea. Además, no lo necesitamos. ¡Ah! Veo que traes cosas muy convenientes. Vamos a ver cómo arreglamos esto... Ve haciendo tiras de esa sábana.

Seis o siete minutos más tarde, la herida, cuya hemorragia había sido ya contenida, al menos de momento, estaba fuertemente vendada, y Pat Cranston se puso la camisa de

Wayne, y comenzó a ponerse la corbata.

—Me parece que me sentarán bien sus ropas,.. ¿Te han violado?

—No —palideció Pamela—. No, no. Querían... Decían que iban a hacer una película pornográfica conmigo, y que luego... me venderían como... como carne en el mercado asiático... Pero el otro dijo que... que era una broma...

Pat se quedó mirándola fijamente. Por fin parpadeó y asintió, sombrío el gesto.

— ¿Dijeron por qué no podían matarme a mí?

—No... No lo dijeron, no. Sólo me miraban... como si quisieran... violarme, y hablaban de cosas así...

—O sea, que no te has enterado de nada.

—No.

—Está bien. Vamos a ver si encontramos ropa para ti. Seguro que la señora Somerset también tiene aquí olvidados algunos vestidos. Lo malo de tener demasiadas cosas es que olvidas parte de ellas.

Fueron a un dormitorio cuyas características no podían ser más femeninas, y Pat abrió el armario. En efecto, habían allí algunas ropas de la señora Somerset, y Pat las tiró todas sobre la cama.

—Cámbiate. No podemos ir por ahí tal como estás.

Pamela asintió, y se quitó el desgarrado vestido. Los sujetadores, roto el cierre, cayeron al suelo, y los hermosos senos de color mármol..., precisamente de color mármol rosa, quedaron completamente a la vista de Pat Cranston.

—Tendrás que ir sin sujetadores —sonrió el budoka.

— ¡Oh, Pat! —gimió Pamela, echándose en sus brazos.

El beso de Pamela Newman fue para Pat Cranston más demoledor que el más fortísimo *tsuki* que hubiese podido recibir en pleno pecho. Se encontró con ella entre los brazos, con su gordita y tierna boca en su bocaza, y sí, fue como si recibiese un tremendo

directo en pleno pecho. Pero, al instante siguiente, cosa asombrosa, no le dolía nada... Sólo notaba algo tierno, fresco y dulce en sus labios, calor en su pecho. Sus manos subieron por la cintura de Pamela, hasta acariciar los senos. Pamela emitió un gemidito, y profundizó en su dulcísimo beso, pero Cranston la apartó, suavemente.

Sus bocas quedaron a pocos centímetros una de otra.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —susurró el budoka—. No podemos quedarnos en la casa, Pam: de un momento a otro puede llegar Somerset con más hombres.

— ¿Qué vamos a hacer? —susurró ella.

—Lo pensaremos, después de que te vistas —la besó Cranston en los labios, mientras la acariciaba de nuevo—. Lamento perderme esto, pero no podemos quedarnos aquí dentro. Date prisa.

CAPÍTULO VII

—Más que correr hemos volado, señor Somerset… —dijo el hombre que iba al volante—: ahí tiene la casa.

—Frena.

El hombre detuvo el coche, y miró a su jefe por el retrovisor. Dentro del coche iban los cuatro hombres que no habían podido capturar a Pat Cranston en el Delmare Beauty, y Darren Somerset, cuya ira había descendido considerablemente. Había que sobreponer la inteligencia a las demás reacciones o impulsos, y así, en cuanto supo que Pat Cranston había escapado de nuevo, fue a su propia casa, donde esta vez, Gladys no tuvo más remedio que decirle la verdad, tras recibir unos cuantos golpes respaldados por furiosas amenazas de todas clases.

De modo que Darren Somerset había comprendido que, más que posiblemente, Pat Cranston iría a la casa de campo de su esposa, y, por lo tanto, había salido disparado hacia allí, con sus hombres. Ahora, desde el coche detenido al final del camino, veía la casa, frente a él.

—Parece que todo está tranquilo —dijo el hombre que se sentaba junto al conductor.

—Y si ese Cranston hubiese venido aquí, veríamos su coche en alguna parte.

—Quizá no tiene coche —sugirió otro.

— ¿Cómo habría venido? ¿Volando?

—Pues no me sorprendería: parece que sí sabe volar, ¿no?

—Como le vuelva a poner la vista encima…

—Callaros —gruñó Somerset—. Tú quédate, Frost. Los demás, id a ver si todo está bien en la casa.

Tres hombres salieron del coche y comenzaron a alejarse. Debía ser poco más tarde de la una, y el sol otoñal resultaba muy agradable.

— ¿Y si no ha venido aún? —preguntó Frost, volviendo la cabeza.

—Si no ha venido, vendrá —replicó Somerset—. Y esta vez la trampa tiene que funcionar, o lo vais a lamentar.

—Bueno, qué demonios, señor Somerset… Si se tratase de matarlo, ya estaría hecho. Pero eso de quererlo con vida…

—Ese tipo se os habría escapado igual aunque le hubieseis estado apuntando con diez ametralladoras… —masculló Somerset—.

Sois una pandilla de inútiles.

Frost refunfuñó algo, volvió a mirar hacia sus compañeros que se acercaban a la casa, y, de pronto, su cabeza, pareció estallar en un espantoso zumbido. El *tsuki* que recibió sobre la oreja izquierda fue tan fuerte, que salió disparado hasta el otro asiento, y su cabeza golpeó contra la ventanilla, rebotando. Darren Somerset respingó, y todavía tuvo tiempo de ver el enorme puño que había entrado por la ventanilla y que se retiraba en aquel momento, velozmente. No tuvo tiempo de nada más. Cuando vino a darse cuenta, consciente de lo que ocurría, Pat Cranston estaba sentado junto a él en el asiento de atrás, y las puntas de sus dedos se hundían en la garganta de Somerset, presionando con sospechosa suavidad.

—Si se mueve lo clavo al respaldo, señor Somerset. ¡Pamela!

La portezuela delantera derecha se abrió, y apareció el demudado rostro de Pamela Newman, que dirigió una asustada mirada a Somerset, muy abiertos sus hermosos ojos. Luego, rápidamente, asió por la ropa a Frost y lo arrastró fuera del coche, para ocupar en seguida el asiento frente al volante.

Los hombres que caminaban hacia la casa se volvieron al oír el zumbido del motor.

Vieron el coche acercándose, pero en seguida dio la vuelta y regresó hacia el camino, alejándose dejando atrás una nube de polvo. La estupefacción fue tal, que cuando echaron a correr hacia el coche, sacando sus pistolas, no tenían ya la menor probabilidad de alcanzarlo.

Y dentro del coche, siempre amenazando la garganta de Somerset con los cuatro dedos que podían convertirse en puñales, Pat Cranston utilizó la otra mano para retirar la pistola de la axila de Somerset, cuyo rostro parecía de cera. La pistola fue lanzada fuera del coche por una ventanilla, y Pat se sentó entonces, adecuadamente, y miró con amable sosiego al demudado Somerset,

—Mientras Pamela nos da un paseo por estos encantadores lugares, nosotros vamos a charlar, señor Somerset. ¿Está de acuerdo?

Somerset aspiró hondo, y miró al budoka.

—Me parece... que le he subestimado a usted, señor Cranston.

—Evidentemente. Del mismo modo que subestimó a Rand Alister; un hombre como él no se hace el *harakiri* con un cuchillo de cocina. Ni siquiera con el tanto, ¿Sabe usted lo que es el tanto?

—No... No.

—Es un cuchillo japonés, adecuado para esas cosas. También se puede utilizar un *aikuchi*, un *kozuka*, y hasta, si me apura usted, una *katana*. Eso, sin nombrar al *wakizashi*, que es, en definitiva, el arma que utilizaría exclusivamente un *samurai* suicida. Sólo que Rand Alister no era un *samurai*; era sólo un budoka, como yo mismo. De

todos modos, si hubiera querido suicidarse, habría utilizado un *wakizashi*, nunca un vulgar cuchillo de cocina. Pero, claro, nosotros sabemos que Alister no se suicidó, ¿verdad?

— ¡Todo el mundo sabe...!

—Señor Somerset —cortó fríamente Cranston—, aunque hacía algún tiempo que Rand y yo no nos veíamos, éramos muy buenos amigos. Hasta un extremo que usted no podría comprender: para comprenderlo tendría que haber estado con nosotros en Japón, aprendiendo artes marciales bajo la dirección de nuestro *Sensei*, y soportar los durísimos entrenamientos de toda clase que nosotros soportamos, codo a codo. Y con nosotros, otros hombres que también querían ser budokas de verdad. La amistad que nace en esa época de nuestras vidas es indestructible. Lógicamente, con unos compañeros se simpatiza más que con otros, y eso fue lo que ocurrió entre Rand y yo en Japón. Por lo tanto, si

Rand se hubiese querido suicidar al viejo estilo *samurai*, me habría llamado para que le sirviese de *kaishakuri*.

— ¿De qué?

—De *kaishakuri*. Este es el mejor amigo de quien se dispone a hacerse el *seppuku*, que no el *harakiri*. El más querido amigo de quien se dispone a morir es llamado y asiste a la muerte. Se coloca detrás del suicida con una *katana* en las manos y, si el ánimo del suicida flaquea, se acerca a él y le corta la cabeza de un solo tajo. Ese es el cometido del *kaishakuri*, el más querido amigo del que va a morir. Si mi compañero budoka hubiese decidido morir, me habría llamado para que yo fuese su *kaishakuri*. ¿Lo entiende? Claro está que si Rand hubiese decidido morir, yo sé que su ánimo no habría flaqueado. Pero me habría llamado, lo sé. Lo sé tan cierto como que ahora es de día, señor Somerset. Así pues, teniendo en cuenta esto, conociendo bien a Rand, y sabiendo que utilizó un cuchillo de cocina, yo sé que él no se mató. Por lo tanto, lo mataron... ¿Quién, señor Somerset?

¿Usted?

— ¡No! —chilló Somerset—. ¡No, no, yo no...! ¡No!

—Tranquilícese. A mí me corresponde el triste cometido de comunicar a nuestro *Sensei* que su discípulo Alister, *Go Dan* de Judo y *Ni Dan* de Karate, ha sido asesinado, y ya ve que estoy sosegado. Serene su ánimo, señor Somerset. Lo más malo que va a ocurrirle es la muerte, y eso no es tan trágico, a fin de cuentas. Lo trágico es el modo en que uno muere: por ejemplo, es malo morir en deshonor, y es trágico morir asesinado. Eso es lo que ha ocurrido con Rand Alister,.., pero usted está vivo... todavía. Así que serénese. Y una vez se haya serenado, conteste a mi pregunta: ¿quién y por qué mató a mi compañero Rand Alister?

Darren Somerset se pasó una mano por la frente, retirando el

copioso sudor que la empapaba.

—Quizá no me ha oído usted —susurró Pat—. Le he preguntado...

— ¡Fue Chino! —gritó Somerset—. ¡Fue Chino, él lo hizo personalmente, fue él, se lo juro!

—No grite, por favor. Tan sólo, con calma, explíqueme la verdad de lo que sucedió. De principio a fin, señor Somerset.

—Sí... Sí, lo... lo voy a hacer. Bueno, nosotros... nosotros somos...

—Encienda un cigarrillo, serénese, y cuando esté en condiciones, me lo explica bien y con claridad. Como mi próxima acción será en memoria de un budoka por el cual ya no se puede hacer nada, no tengo prisa. Tranquilícese.

—Sí, sí... Eso voy a hacer, voy... voy a fumar...

Encendió un cigarrillo, temblorosas las manos y los labios. Cranston lo miró apaciblemente, y luego se quedó mirando el humo...

* * *

El vaho de sus cuerpos parecía humo. Estaban corriendo por el campo, apenas amanecido el día. A lo lejos, en la fría y transparente mañana, se recortaba la inconfundible silueta del *Fujiyama*. Salían chorros de vapor de su boca, y el sudor humeaba, como una niebla, alrededor de sus cuerpos, lanzados por la campiña. Por delante de ellos corría Endo, el menudo japonés de veintiséis años que era ya Quinto Dan de Judo y Tercero de Karate, aparte de un expertísimo *kendoka* y Primer Dan de Aikido. El menudo... e invencible Endo, el alumno de *Sensei* a cuyo cargo corrían las sesiones de fondo en los fríos amaneceres, siempre tras recibir instrucciones de *Sensei*, del Maestro, cuya edad no le permitía ya correr por los campos durante más de dos horas. El menudo, invencible, y simpático compañero Endo, que cuando sonreía parecía el japonés más granuja del mundo...

— ¡Pat! —llamó Rand Alister.

Pat Cranston, corriendo junto a él, detrás de Endo y delante de otros compañeros que habían acudido al entrenamiento matutino, volvió la cabeza.

— ¿Sí? ¿Qué hay, Rand?

— ¿Tú crees que *Sensei* habrá influido en el *Joseki*? [1].

— ¿Influido? ¿A qué te refieres?

—Bueno... Me han concedido el Quinto Dan, y pienso que...

— ¿Cómo que te han concedido? —jadeó Pat Cranston—. Oye, tío listo, tú y yo hemos estado entrenándonos como bestias para poder presentarnos con dignidad a esos exámenes en el *kodokan*, y sabes muy bien que los dejamos con la boca abierta. Nos ha enseñado un auténtico Maestro, y aunque él tenga influencias de sobra en el

Kodokan, sabes muy bien que no las utilizaría para eso. Es como insultarlo, Rand, demonios.

—Seguramente tienes razón —sonrió Alister—. ¡Demonios, es que no me cabe en la cabeza que haya conseguido el Quinto Dan!

— ¡Toma, también a mi me cuesta creer que ya soy *Cuarto Dan*, y no le echo la culpa a nadie! Hemos trabajado y hemos recibido el premio, eso es todo. Y ahora, a casita, a enseñar al que no sabe… ¿Vas a dedicarte a esto, Rand?

—No sé. Tú sí tienes clase para enseñar, Pat, pero yo sólo sé pelear. Si veo que no sé enseñar como es debido, me limitaré a acudir a un buen dojo en Nueva York, para seguir practicando, pero nada más.

—Bueno, eso suele pasar: no siempre los mejores luchadores sirven para maestros, Rand.

—Tú sí serás un buen maestro. Nosotros… Endo se volvió, llameantes de furia los ojos.

— ¡A vel, esos que hablan tanto, que cielen la boca! ¡Hay que lespilal pol la naliz! ¡Por la naliz!

— ¡Calla tú, viejo mico! —sonó una voz por detrás de Rand y Pat.

Endo volvió la cabeza de nuevo, sonrió, y alzó una mano, con el gesto de los cuernos. El grupo de budokas lanzó una carcajada, y la carrera continuó alegremente, en la fría mañana…

Por la tarde, ya tomada su decisión de regresar a Estados Unidos tras la obtención de sus nuevos grados, Rand Alister y Patrick Cranston fueron a despedirse de *Sensei*. Como en las veces anteriores, el viejo Maestro los recibió en el jardín en la parte interior de su *ryokan*. Lo encontraron sentado en el porche, inmóvil, cerrados los ojos, disfrutando de la paz y el silencio que se había ganado. Sus cabellos eran tan blancos como la nieve que se veía en el *Fujiyama*, su piel era arrugada, sus manos puro hueso y piel… Pero cuando *Sensei* abrió los ojos, Rand y Pat pudieron ver en la negrura sin fondo la energía inagotable que tanto les había sorprendido tiempo atrás, y que ahora conocían tan bien; una energía interior que sólo la muerte agotaría.

Tras los saludos, ambos esperaron, sentados en *zazen*, a que *Sensei* hablase, como era de cortesía.

—Habéis venido a despediros, según entiendo —dijo *Sensei*.

—Sí, Maestro.

—Lo comprendo. Y me parece bien que volváis a vuestra patria. ¿Te dedicarás a la enseñanza, Pat?

—Sí, Maestro.

—Magnífico. ¿Y tú, Rand?

—Usted sabe que es mejor que no lo haga —murmuró Alister.

—Quizá más adelante —sonrió el anciano japonés—. Pero eso no tiene importancia, Rand. Ser un buen budoka es tan importante como ser un buen maestro. Lo importante es set budoka. Lo otro es complementario, nada más. De todos modos, sé que ninguno de los dos me decepcionará nunca. Hace ya mucho tiempo aprendí a... clasificar a los hombres. ¿Sabéis lo que es la *Kuro Arashi*?

—Sí —sonrió Alister—. Es la organización que usted dirige para ajustarles las cuentas a los granujas de todo el mundo.

—Así es, más o menos —sonrió de nuevo *Sensei*—. Y para ese... ajuste de cuentas, utilizo a mis discípulos. Hombres como vosotros. ¿Puedo contar con los dos, si alguna vez os necesito?

Randolph Alister y Patrick Cranston se limitaron a sonreír, sin desviar la mirada de aquellos negrísimos ojos penetrantes. *Sensei* comprendió, y aprobó" con un gesto, sonriendo a su vez.

—Estad atentos por si alguna vez recibís un recado con esta marca —dijo, tendiéndoles dos cartulinas.

En ellas, impresa, había una estrella negra de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

—Es el distintivo de nuestra *Kuro Arashi,* nuestra Negra Tempestad que lanzamos contra los granujas. Ayudad siempre a quien se presente a vosotros con este emblema.

¿Tenéis algo que pedirme?

—No, Maestro. Sólo su permiso para retirarnos, y para visitarle siempre que vengamos a Japón.

—Mi corazón se alegrará cuando mis ojos os vean. Marcharos. Os deseo buena suerte en la vida...

* * *

Los recuerdos de Pat Cranston se desvanecieron al llegar aquí..., igual que se estaba desvaneciendo el humo del cigarrillo que estaba fumando Darren Somerset, sentado a su lado, y mirándole ahora impresionado, pues el rostro del budoka había adquirido una extraña dulzura.

Pero, con la vuelta a la realidad, la expresión de Pat cambió bruscamente, pasando a una fría dureza que aún impresionó más a Somerset.

—Buena suerte en la vida... —susurró Pat.

— ¿Qué? —se desconcertó Somerset.

—Quiero saber por qué murió Rand Alister. Y quiero la verdad. ¿Puede hablar ahora?

—Sí. Creo que sí.

—Pues adelante.

—Bien... Alister y yo teníamos algunos negocios que nos habían relacionado comercialmente. De este modo, poco a poca, supe que no era un hombre corriente, hasta que, por fin, un día, sin darle importancia dijo que él conocía Japón, lo que iba bien para... otra clase de negocios míos. Me interesé por esa parte de su vida, y me dijo que había estado algunos años en Oriente, especialmente en Japón, donde había pasado más de dos años, perfeccionándose en un par de disciplinas de artes marciales. Poco a poco, le fui sonsacando, para saber si sus contactos allá eran los que me interesaban...

— ¿Qué clase de contactos?

—Ya llegaremos a eso. Al principio, creí que podría convencer a Alister para que entrase a formar parte de esos otros negocios. Para entonces, sabía ya que tenía buenas amistades en Tokio, sobre todo, con un viejo japonés llamado Takeo Inomura, que vive retirado en un *ryokan* a cierta distancia de Tokio, y que tiene importantes negocios en todo Japón, dirigidos actualmente por sus hijos. Así llegué a saber que Takeo Inomura había sido el Maestro de Alister, y que existía entre ambos un profundo afecto. Eso podía facilitar las cosas. Finalmente, Chino y yo decidimos que había llegado el momento de la expansión, de modo que invitamos a Alister y a los demás a una pequeña fiesta en mi chalé de Bridgeport, donde pensábamos hacerles la oferta para que participasen en la expansión de esos negocios. Le pregunté a Alister si le molestaría que hubiesen algunas chicas en la fiesta, y se echó a reír; me dijo que le encantaban las chicas, y que una fiesta sin ellas le parecía una cosa bastante idiota. Bueno, organizamos el night-party.

— ¿Con chicas que le proporcionó Nino Delmare?

—Sí, claro. Como siempre. Nino era un punto fuerte en los negocios que tenemos

Chino y yo.

—Señor Somerset: ¿qué clase de negocios? Quiero saberlo ya.

—Todo relacionado con el sexo.

—Ah... Venta de carne, ¿no es eso?

—Sí... Sí. A veces, las mismas chicas, y los hermosos muchachos, aceptaban encantados, pero otras veces había que recurrir a procedimientos... especiales. Nino se encargaba de eso: secuestraba a la persona indicada, la llevaba a determinado lugar, se rodaban películas, y luego... luego vendíamos la carne en el mercado asiático.

Pat Cranston se pasó la lengua por los labios.

—Eso es lo que pensaban hacer con Pamela, ¿verdad? Y luego, ella habría desaparecido en los prostíbulos de Oriente, o quizá habría ido a parar a la colección privada de muñecas de raza blanca de algún asiático rico.

—Sí.

— ¿Y ése era el negocio que usted pensaba proponerle a Rand? ¡Usted está loco!

—No conocía a Alister tan bien como yo creía, eso es todo. Pero el negocio era tan fabuloso que no pensé que él...

— ¿Fabuloso? Es un negocio viejo y demasiado explotado ya, ¿no le parece?

—Bueno, habíamos pensado... orientarlo de otro modo. Sabemos que hay demasiadas mujeres ya en Oriente, que por unos centavos se acuestan con cualquiera. Ese mercado está ya muy explotado. Pero no el de los Niños blancos.

— ¿Cómo dice? —palideció Pat.

—Niños y niñas de raza blanca. Niños americanos.

—No entiendo —se resistió Pat—. No entiendo, de veras.

—Pues... se trata de secuestrar Niños, filmar películas con ellos, y luego... enviarlos por la misma ruta que enviamos a los adultos.

— ¿Al mercado asiático de carne? —jadeó Pat.

—Sí, claro... Sí. Pero para eso necesitábamos contactos en Asia, nuevas rutas, colaboradores diferentes a los habituales, personas que hasta entonces no hubiesen intervenido en esta clase de cosas... Por eso pensamos en Alister, y en otros hombres que, como él, tenían contactos en Asia, pero que no habían hecho nada de esto hasta entonces. Nos parecía que habíamos elegido bien a nuestros colaboradores, pero...

— ¿No aceptaron?

—Comencé a hablar con Alister veladamente del asunto, y en seguida me di cuenta de que me miraba como si no creyese lo que oía, como si lo considerase... una broma. Su actitud me hizo comprender que iba a ser muy difícil convencerlo, y que si él se negaba, las cosas se iban a complicar mucho, así que le propuse ir a dar una vuelta con mi nuevo coche, conviniendo con Chino en que mientras Alister y yo estábamos fuera, él propondría el asunto a los demás.

—Eso quiere decir que Chino también estaba en la fiesta.

—Naturalmente. Pero no lo mencionamos.

— ¿Por qué? ¿Cómo consiguió usted que Rand no delatase todo ese asunto a la policía?

—Todo salió tan mal... Los otros cuatro invitados, después de escuchar a Chino, se negaron a participar en una cosa así. Ya habían presentido algo, y parecían dispuestos a aceptar, pero cuando oyeron que la carne iba a ser de Niños, se negaron. De modo que Chino llamó a sus hombres, que estaban por allí cerca, y... les ordenó que silenciasen todas aquellas bocas.

— ¿Usted y Rand estaban dando vueltas con, el coche?

—Por fortuna, sí. Debió ser... horrible. ¡Le juro que fue decisión

de Chino; yo no esperaba que él tomase una decisión semejante sí aquella gente se negaba a...!

—O sea, que Chino y sus hombres... machacaron a diez personas. ¿Por qué también a las chicas?

—Porque aquellos cuatro idiotas se pusieron a gritar y las chicas oyeron demasiadas cosas. Estaban todos un poco borrachos... Chino y sus hombres no tuvieron ninguna dificultad. Mientras tanto, Alister me había escuchado, y todo lo que me dijo fue que no me partía en dos porque no quería ensuciarse las manos, y que le llevase al chalé para subir a su coche y marcharse en busca de la policía. Eso me asustó, pero pensé que Chino lo solucionaría. Cuando llegamos al chalé todo había terminado. Al ver lo que había ocurrido allí, Alister se encaró con Chino, pero éste, sonriendo, le dijo que había tomado sus medidas con respecto a él, a Alister, y que eso le iba a obligar a obedecerle.

— ¿Alister tendría que obedecer a Chino? ¿Por qué?

—Porque Chino le dijo que sabía quién era su Maestro de artes marciales, y que si Alister no tenía la boca cerrada sobre la verdad de lo sucedido allí, y colaboraba luego, su Maestro sería asesinado en su casa de las afueras de Tokio, que todo estaba dispuesto para eso. Nos dimos cuenta en seguida de que habíamos acertado el punto flaco de Alister. Palideció y perdió toda capacidad de reacción. Convencidos de que podíamos disponer de él a nuestro antojo, montamos todo el tinglado que luego explicamos a la policía.

—Podían haber ocultado los cadáveres y...

—No. Por las chicas no había cuidado, sí podía hacerse así. Pero los otros cuatro invitados debían haber informado a sus familias, y personas de confianza, de que acudían a una fiesta que sería inicio de nuevos negocios... No podíamos hacer eso, por lo tanto. Era mejor fingir lo de un asalto de personas desconocidas. Rand Alister lo aceptó todo... Pero nos preocupaba su actitud. Y lo comprendimos tres días más tarde, cuando supimos que había tomado pasaje en avión a Tokio: se disponía a poner a salvo a su Maestro, para luego, tranquilo, cargar contra nosotros,.. No le dejamos llegar al aeropuerto. Fue capturado, siempre con engaños respecto a la seguridad de su Maestro, y lo llevamos a la cabaña del lago de la que él me había hablado casualmente, diciendo que tenía un sistema de relajación cuando los negocios le molestaban demasiado: se iba a la cabaña, se pasaba allá unos días meditando, y volvía a Nueva York como nuevo...

—Así que lo llevaron allá y lo... asesinaron.

—Sí. Los hombres de Chino lo sujetaron, y le abrieron el vientre. Bueno, eso lo hizo

Chino, que dijo que sabía cómo se hacía.

Al volante, Pamela Newman estaba blanca como el papel.

Cranston sentía el rostro frío, y había unas gotitas de sudor en su frente. Con la imaginación, veía a Rand Alister sujeto por varios hombres, mientras uno de ellos le abría el vientre con un cuchillo de cocina…

Se pasó las manos por la cara, que notó helada.

— ¿Los hombres de Chino son los que le han estado molestando?

—No. Esos trabajan para mí, en los asuntos de las chicas, como Nino Delmare. Chino no quería que le mezclase en lo de usted. Cuando le dije que un tal Cranston andaba metiendo las narices en esto, me dijo que me encargase de eliminarlo. Le dije que era usted amigo de Alister, y eso le dio una idea: había que capturarlo vivo, porque quizá usted no fuese tan reacio como Alister, y podría servirnos para lo que él no había aceptado. Le expliqué cómo había manejado usted a Luke y Wayne en el cementerio, y dijo que era usted un tipo interesante, seguramente de la misma categoría de Alister, y que, antes de matarlo, quería hablar con usted.

—Me parece que nadie va a poder privar a Chino de ese placer —susurró Pat—.

¿Dónde puedo encontrar a Chino?

—Si se lo digo, él me matará… Nos matará a los dos, nos…

—Señor Somerset: deje de preocuparse por su vida, porque su destino ya lo he decidido yo.

— ¿Usted? ¿Qué… qué ha decidido?

—Lo entregaré vivo a las autoridades, para que les informe de la verdad, y todo el mundo sepa que Randolph Alister no se suicidó, sino que fue asesinado por negarse a participar en sus puercos negocios de carne infantil y por querer proteger la vida de su Maestro. Usted, señor Somerset, dirá esto, porque si se niega, yo le arrancaré los ojos y las entrañas con mis manos. ¿Lo entiende? ¿Lo entiende bien?

—Usted… usted no haría eso…

— ¿Quiere que comencemos?

— ¡No!

—Entonces, dígale a Pamela dónde está ahora Chino, y deje de preocuparse por todo lo demás: su ruta por la vida ha terminado. Y ya no quiero hablar más, señor Somerset.

Este se quedó mirando al budoka, que lo contemplaba a su vez con una frialdad terrible. Casi tartamudeando de nuevo, Somerset indicó a Pamela Newman la dirección del hombre llamado Chino, en una hermosa quinta situada cerca de determinada localidad de Long Island.

— ¿Lo has comprendido bien, Pam? —preguntó Cranston.

—Sí, sí.

—Iremos allá. Pero antes, frena por aquí mismo, en cuanto

puedas.

Pamela detuvo el coche, y Somerset miró, asustado, a Pat. Pero no tenía por qué asustarse tanto: simplemente, el budoka le descargó un golpe en la nuca con el canto de la mano, un *tegatana ate* perfecto, y el canalla perdió el conocimiento en el acto. Unos minutos más tarde, Darren Somerset, amordazado y atado de pies y manos con unos alambres que Pat encontró en el maletero del coche, era colocado en éste. Pat cerró el capó, fue a sentarse junto a Pamela y murmuró:

—Me dejarás a doscientos metros de esa quinta. Luego, irás a buscar a la policía local, y les explicarás todo lo que ha dicho Somerset.

—Dios mío..., Pat: ¿piensas ir solo a buscar a ese Chino?

—Sí.

— ¡Pero es una locura! ¡El tiene muchos hombres que...!

—Pam, quizá tú no lo entiendas —susurró Cranston—, pero esto que voy a hacer es en memoria de un budoka..., y sólo lo puede hacer otro budoka. Vamos a Long Island.

CAPÍTULO VIII

El hombre que acudió a abrir la verja no. era chino, contra lo que Pat había esperado. Era un americano, de cabellos rubios y revueltos, que contempló fríamente a Cranston.

— ¿Qué desea? —inquirió.

—Traigo un recado para Chino, de parte del señor Somerset es sobre ese Pat Cranston. Y es urgente, amigo.

El portero vaciló sólo un par de segundos. Abrió la verja, cerró cuando Pat hubo entrado, y señaló su caseta a poca distancia de las verjas.

—Le avisaré por el teléfono interior —dijo.

—Okay.

Entraron los dos en la caseta. El portero fue hacia una repisa donde estaba el teléfono, pero, cuando su mano estaba cerca del auricular, se sintió agarrado por detrás, por la ropa del cuello. Lanzó una exclamación, y quiso volverse, mientras llevaba la mano derecha a su axila izquierda... Sólo consiguió volverse, pero fue porque el propio Pat Cranston lo obligó a ello, casi suspendiéndolo en el aire... Y apenas quedar frente a Cranston, el sujeto recibió en pleno estómago tal puñetazo que le pareció que acababa de ser partido en dos. Quedó blanco como la leche, sin aliento, desencajadas las facciones, los ojos casi fuera de las órbitas... De nuevo aquel puño de hierro se hundió en su vientre, pero el hombre ya casi no tenía fuerzas ni para gemir. El tercer puñetazo lo dejó agonizante, y cuando Pat abrió la mano el hombre se derrumbó como un saco vacío.

De un tirón, Pat Cranston arrancó el hilo del teléfono. Luego salió de la caseta, y echó a andar hacia la casa, que se veía por entre pinos y hermosos macizos de flores que crecían entre la gran extensión de césped. Una casa grande, blanca, con el tejado rojo, las ventanas pintadas de azul cielo...

— ¡Eh, usted! ¿Adónde va?

Pat volvió la cabeza, y, junto a unos arbustos de flores, vio a un tipo calzado con botas y con un delantal de cuero protegiendo sus ropas. Tenía unas grandes tijeras de jardín en una mano... Pat sonrió, desvió su marcha abandonando el sendero y acercándose al hombre, que frunció el ceño y miró cómo los pies del visitante iban pisando el bien cuidado césped.

—Me envía el señor Somerset —dijo, amablemente, Pat; y señaló

con el pulgar hacia las verjas—. Su amigo de la caseta me ha dicho que encontraré a Chino en la casa.

— ¿Ah, sí? Pues está usted mintiendo, porque Crow no deja que nadie se acerque solo a la casa, así que...

Las puntas de las tijeras pasaron rozando la cara de Pat, que con una simple flexión de rodillas efectuó una facilísima esquiva. El otro lanzó una exclamación mientras, llevado por el impulso del golpe, se vencía hacia delante... Rebotó en la cadera derecha de Pat, que lo proyectó con *uki goshi*, derribándolo de espaldas un par de metros más allá. El hombre lanzó un berrido, giró, se puso rápidamente de rodillas aferrando con fuerza las tijeras, y descargó un nuevo puntazo, hacia los genitales de Pat, que estaban a la altura de su rostro... Un veloz y suave *taisabaki* circular apartó a Pat de la trayectoria de las tijeras; el giro terminó quedando Pat de nuevo dando cara al hombre, pero a la izquierda de éste... El pie derecho de Cranston silbó en el aire, y chascó con blando sonido en la sien izquierda del hombre, que emitió un extraño ronquido y cayó de lado, muerto, con la mano crispada en las tijeras.

La cabeza del budoka se volvió hacia la casa. Un destello frío, sereno, parecía iluminar desde dentro los claros ojos de Cranston cuando reanudó la marcha hacia allí, siempre en silencio, tranquilo, sin alterarse.

Estaba ya cerca de la casa, cuando, a la izquierda, vio el garaje. Estaba abierto, y en la puerta, inmóvil, un hombre le contemplaba. Pat sonrió, alzó un brazo con un simpático gesto de saludo, y fue hacia allá.

— ¡Eh! —llamó—. ¿Está el señor Chino en la casa, amigos?

— ¿Quién es usted? —preguntó el hombre—. ¿Qué quiere? ¿Cómo ha llegado hasta aquí, sin Crow?

— ¿Es el de la puerta? —sonrió Pat—. Pues me ha dicho... ¡Eh, hola, compañero!

El saludo iba dirigido al otro hombre, que, dentro del garaje, estaba sacando brillo a un

«Lincoln»; es decir, había estado sacando brillo al coche, pero ahora miraba, expectante y desconfiado, a Pat. Pero el de la puerta, el que había estado conversando con él, era aún más desconfiado, porque la pistola apareció en su diestra, y apuntó a Pat.

—Alza los cascos, compañero —dijo—. Antes de que te lleve a ver al señor Chino tenemos que hablar tú y yo. Y luego esperarás a que él termine su siesta, Okay?

—Okay, hombre, okay —alzó Pat los brazos—, ¿Qué te pasa? ¿Piensas hacerme cosquillas?

El chófer soltó una risita, y el de la pistola frunció aún más el ceño. Con la mano izquierda, palpó las axilas de Pat, y acto seguido lo

miró estupefacto.

— ¿No llevas armas? —preguntó.

—Claro que llevo armas —sonrió Pat—: ¿No las notas?

Las manos de Pat partieron una al encuentro de otra, como si fuese a dar una sonora palmada..., sólo que en el camino de ambas se interpuso la cabeza del hombre, que recibió la doble bofetada en las orejas; su cabeza pareció hincharse con el terrible zumbido..., mientras su mano armada era rápidamente apartada, y una rodilla de Pat se incrustaba entre sus ingles.

— ¡Waaaaoooo! —bramó el sujeto, cayendo de rodillas ante Pat.

El *mae geri* propinado por Pat, en plena frente, lo tiró hacia atrás, con la frente hundida, y los oídos convertidos en dos surtidores de sangre. El chófer estaba gritando algo, y quitándose uno de los guantes de goma Henos de producto limpiador... Justo cuando su mano derecha quedaba desnuda, Pat Cranston terminaba el giro que le acercaba a él y disparaba su pierna en *mawashi geri*. El pie llegó por el lado izquierdo del chófer, le acertó en la mandíbula, y la partió, haciéndole mirar violentamente hacia su hombro derecho, mientras el cuello crujía... El chófer cayó inerte contra el coche, rebotó, y quedó tendido de bruces, con la pistola todavía en el bolsillo.

Pat Cranston arrastró al primer adversario dentro del garaje, salió de éste, lo cerró, y caminó de nuevo hacia la casa. Segundos después, llamaba a la puerta.

La abrió otro hombre, que frunció el ceño al ver a aquel desconocido. Miró hacia detrás y a los lados de Pat, mosqueado.

—Crow no tenía ganas de venir —dijo Pat.

El hombre comenzó a reaccionar... La puerta, impulsada por el budoka, le acertó en pleno rostro, hundiéndole la nariz y derribándolo de espaldas... Rodó por el suelo, se puso de rodillas, y su mano fue en busca de la pistola... ¡Crack!, crujió su codo, roto fulminantemente por el *ushiro mawashi* propinado con el pie derecho por Pat Cranston. El hombre palideció bruscamente, abrió la boca... ¡Crack!, crujió su boca, bajo el tremendo impacto del *mae geri*. El hombre cayó de nuevo de espaldas, y quedó inmóvil.

Pat Cranston entró en el salón de la casa. Lujoso salón, con todas las comodidades. No había nadie allí. Reinaba un silencio total, sedante, muy agradable. Lejanos, llegaban los cantos de algunos pajarillos. El budoka sonrió al oírlos. Luego se quedó mirando las armas blancas colocadas en bonitas panoplias orientales en la pared. Aquella simple mirada le bastó para comprender que Chino debía tener ciertos conocimientos de artes marciales. O, cuando menos, que le gustaban las cosas orientales..., lo cual tenía sentido, puesto que era chino.

Se puso las manos en la cintura, y quedó pensativo.

«Parece que ya no quedan más asesinos por aquí —reflexionó—, pues de otro modo ya los tendría a la vista. Es decir, que sólo queda el Gran Puerco durmiendo apaciblemente la siesta.»

Su mirada fue hacia el formidable tocadiscos. Se acercó a él y aprobó cachazudamente: sonido cuadro- fónico. Lo mejor, para Chino, a cambio de la venta de carne. ¡Aleluya! Seleccionó un disco, lo colocó en el plato, y puso en marcha el aparato: Sinfonía n.° 5 en Do menor, Opus 67.

—Me encanta Beethoven —dijo Pat en voz alta.

Aumentó el volumen hasta el tope. Los cristales comenzaron a vibrar. El budoka eligió un sillón orientado de cara a la puerta del salón, se sentó, cruzó las piernas y dejó descansar las manos sobre el regazo, relajadas...

Ni siquiera un minuto más tarde, apareció el siguiente personaje. No era chino.

Era un americano de más de metro noventa, de hombros colosales, manos como raquetas de tenis, cabeza diminuta de cabellos tiesos y cortísimos, ojos como dos manchitas de tinta azul. Apareció vestido solamente con unos calzoncillos wong y poniéndose todavía con gestos furiosos una preciosa bata de seda blanca, con bordados en negro. Sus pequeños ojos azules echaban chispas.

— ¡Malditos seáis! —aulló—, ¿Qué pretendéis con...?

Se calló y quedó inmóvil. Pat se puso en pie, fue a bajar el volumen del altavoz hasta un tono más que razonable, y se volvió a mirar de nuevo al sujeto.

— ¿Decía usted algo, señor? —preguntó amablemente.

— ¿Quién es usted? —graznó el coloso, entrando en el salón.

—Estoy buscando a Chino.

—Yo soy Chino... ¿Y usted?

—Yo soy Patrick Cranston, amigo de Randolph Alister, budoka como él. He venido a pasar cuentas, memoria de un budoka. No sé si usted me entiende, Chino.

El ceño de Chino se había fruncido. Pero, de pronto, sonrió. Miró de arriba abajo a Pat, amplió su sonrisa y preguntó:

— ¿No lleva armas?

—Sólo éstas —mostró Pat sus manos extendidas.

—Entiendo. ¿Y mis hombres?

—Algunos muertos, algunos moribundos, otros durmiendo... Hay de todo.

—Fantástico —admitió Chino—. ¿De modo que quiere vérselas conmigo a solas, sin armas?

—Me gustaría.

—Muy bien. Yo he sido boxeador... ¿Qué es usted?

—Un budoka.

—Ya. Bueno, parece que los dos podemos aprender algo, ¿no es así?

Pat no contestó. Chino volvió a sonreír, se quitó la elegante bata, quedando sólo con los wong y soltó una risotada cuando Pat pareció calibrar la potencia del amasijo de músculos que había quedado visible.

—Hay que conservarse en forma, señor Cranston —rió de nuevo Chino—. ¿Sabe? Me causa gran placer su decisión de un encuentro personal: aunque me entreno diariamente, uno nunca sabe si realmente está en forma hasta que llega el momento de demostrarlo. ¿Se entrena usted?

Tampoco contestó Pat. Su rostro era ahora impenetrable. Sus ojos estaban fijos en los de Chino, que, algo irritado por el silencio del budoka, comenzó a avanzar hacia éste, haciendo fintas y lanzando golpes al aire. A cada golpe, su masa muscular, impresionante, parecía hincharse, se sacudía poderosamente.

¡Bsss!, silbó de pronto el puño derecho de Chino, directo hacia el rostro de Pat Cranston. Este dio un paso atrás, dejó caer el peso del cuerpo sobre el pie derecho, se impulsó hacia delante, y disparó su puño derecho… La nariz de Chino reventó como un tomate, y el gigante salió despedido hacia atrás, dio unos traspiés y consiguió quedar vertical. Se tocó la nariz, miró luego su mano manchada de sangre y musitó:

—Buen golpe.

Se limpió la sangre en un costado, avanzó de nuevo hacia Pat y amagó un golpe con la izquierda, luego con la derecha, y disparó la izquierda. La mano derecha de Pat Cranston se movió, al encuentro de la izquierda de Chino; la apartó suavemente, con un impecable *kake shuto uke*, y, acto seguido, disparó su puño izquierdo en perfecta ejecución del *zuki uke*. El puño se hundió en el ojo derecho de Chino como si fuese de mantequilla, y esta vez lanzando un alarido de dolor, el gigante cayó sentado al suelo… Se puso en pie de un salto, blandiendo apresuradamente los puños en posición defensiva, temiendo el ensañamiento de Cranston.

Pero no había tal ensañamiento. El budoka, impávido, esperaba un nuevo ataque, eso era todo. Su rostro parecía tallado en piedra. Chino se puso lentamente en pie. La verdad se abría paso en su cerebro: a puñetazos no iba a conseguir nada con aquel sujeto, Pero si conseguía agarrarlo entre sus brazos…

Lanzando un bufido de furia, saltó hacia Pat, resistió el tremendo directo en el pecho, y se abrazó a él. Sus manos enormes se juntaron en la espalda del budoka.

—¡Te voy… a partir la espalda…!

El rodillazo en los testículos, en un sencillo *mae hittsui*, cortó el

resuello a Chino, que quedó lívido, como petrificado, como si se hubiese tragado una lanza.

El *shuto* doble en los costados, que le parecieron dos hachazos, le relajó, haciéndole aflojar su presa. El perverso *tetsui* sobre el ojo izquierdo se lo hundió en la órbita, reventándolo; fue como aplastar un grano de uva de un martillazo. Chino lanzó un alarido espantoso, soltó a Pat..., y recibió un *tsuki* en el centro del pecho que casi lo derribó. Pero el dolor del ojo reventado era tal, que lo demás no tenía importancia ya. Perdida la visión del ojo izquierdo, y magullado el derecho, Chino solamente veía ahora a Cranston como una mancha borrosa ante él.

Una mancha inmóvil.

— ¡TE VOY A MATAAAARRRR...! —rugió Chino, lanzándose de nuevo contra el budoka.

No hubo choque, realmente. Pat aprovechó la fuerza de Chino, el propio impulso de éste, para, tras recibirlo y agarrarlo por el codo derecho y meter su mano bajo la axila del mismo lado, alzando sobre su cadera y proyectarlo en el más espectacular *yama araski* que había conseguido en su vida. La mole de Chino recorrió aquella parte del salón por el aire, fue a estrellarse contra la pared y cayó sobre el tocadiscos, que crujió, chirrió, saltó en pedazos y, muy lógicamente, quedó de pronto silencioso..., de modo que ahora sólo se oía el jadeo del canalla, que tras rodar por el suelo, volvió a ponerse en pie, lanzando espumarajos y sangre a todos lados.

—Te mataré —gruñó—, ¡Te mataré, te mataré, te mataré...!

—Ven a hacerlo —le llegó la reposada voz del budoka—. A mí no me sujeta nadie por los brazos para que puedas abrirme el vientre, así que ven a hacerlo. Ven, ven, Chino... Ven...

Error por parte de Pat Cranston. Sus palabras parecieron poner en marcha otros mecanismos en la mente de Chino, que echó a correr hacia las panoplias, descolgó un largo sable de rutilante hoja y se volvió hacia el budoka.

— ¡Ahora vas a ver...!

Cargó contra Pat, que esperó a pie firme un instante, Pero, de pronto, para sorpresa de Chino, aquella forma borrosa comenzó a correr a su encuentro... Cuando la tuvo ante él, lanzó el mandoble, horizontalmente, dispuesto a cortar aquella cabeza... La mancha borrosa se elevó en prodigioso salto por encima de la hoja de acero, pareció quedar suspendida en el aire..., y desde ella, Chino tuvo la impresión de que acababan de dispararle un cañonazo, que le acertó en la frente y lo derribó como un guiñapo. La espada salió volando y fue a caer lejos de su alcance... Comenzó a ponerse en pie, pero otro golpe le llegó, no supo de dónde. Rodó por el suelo, de nuevo quiso ponerse en pie, y su pecho pareció estallar al recibir el siguiente

impacto. Otro golpe más lo derribó al suelo... El mundo era ya un agujero horrible para Chino, los golpes le llegaban de todas partes, sin prisas...

Y de pronto, todo terminó.

Jadeando, a punto de vomitar, con el rostro destrozado, Chino quedó tendido en el suelo. No oía nada más que su propio jadeo, no sentía nada más que su propio dolor. Consiguió abrir el ojo relativamente sano, y vio, a pocos pasos, la silueta del budoka, de pie. Le estaba observando. Le estaba mirando, vigilante, como haría un gato con un ratón.

—No más —imploró Chino—, No más por favor, por favor... ¡Ya no más, no más...! Se lo suplico... ¡Se lo suplico!

Se puso en pie y, tambaleándose, caminó como en busca de algo en qué apoyarse. Llegó a la pared, terminó de abrir el ojo sano y alzó la turbia mirada. Allá estaban los cuchillos... Profiriendo un alarido, agarró el más cercano, se volvió echando el brazo atrás para lanzarlo contra Pat Cranston...

Chino oyó el silbido en el aire y notó el impacto en el vientre. Un impacto fuerte, que lo tiró contra la pared. Se olvidó del cuchillo, y fue resbalando, hasta quedar sentado en el suelo. La visión de su ojo sano se aclaró un poco más, y entonces vio el mango del sable, que sobresalía de su vientre. Estaba estupefacto, sin acabar de comprender qué significaba aquello, y aquel sordo dolor en sus entrañas...

Cuando llegó la policía, lo encontró así; contemplando estupefacto, con ojos cristalizados, el mango del sable..., con el que parecía que hubiese pretendido realizar un escalofriante *harakiri*.

ESTE ES EL FINAL.

Pamela Newman efectuó un último recorrido por el apartamento. Sí, todo estaba perfecto. Todo ordenado, la música sonando, la mesa dispuesta para dos, con dos velitas encarnadas, la media luz muy bien lograda...

Perfecto.

Ya no podía tardar mucho. Desde que la había llamado desde el Police Deparment para decirle que Darren Somerset había confesado todo, que las declaraciones estaban hechas y firmadas, y que la policía le dejaba marchar tranquilamente y hasta con felicitaciones por haber aniquilado aquella red de... venta de carne; había pasado el tiempo suficiente para que...

¡Din-dong!, sonó el timbre de la puerta del apartamento.

Pamela respingó y echó a correr hacia la puerta, vestida, si así podía decirse, sólo con aquel kimono de seda negra tan cortísimo y con un escote espeluznante Se detuvo ante la puerta, se ahuecó sus bonitos cabellos rojos, aspiró hondo y abrió.

—Hola —saludó Pat Cranston—, He venido a despedirme...

Pamela Newman tuvo la sensación de que una trampa se abría bajo sus pies, y ella desaparecía hacia un insondable fondo negrísimo donde se iba a morir de tristeza. Así, de súbito. Luego, tartamudeó:

— ¿A... despedirte...?

—Claro —Pat entró, cerró la puerta y explicó—: No pienso de ninguna manera abandonar mi dojo, en Atlantic City. Y ya hace demasiados días que Eddie está cargando con todo el trabajo..., lo cual no me parece justo.

—Cla..., claro... Pe..., pero yo..., yo pensaba que... Bu..., bueno, había preparado una cena y... con velitas rojas y con... con música...

—Me parece bien. No tengo ningún inconveniente en cenar, desde luego. Puedo perfectamente viajar de noche, y por la mañana ya estaré con mis alumnos.

— ¡Yo... yo quiero ser alumna tuya!

— ¿De veras? —se pasmó Cranston—. ¿Y qué te gustaría aprender? ¿Judo, karate, aikido...?

— ¡Todo lo que tú puedas enseñarme! El budoka frunció el ceño.

—Hijita, para aprender todo lo que yo puedo enseñarte, tendrías que pasarte el resto de tu vida conmigo.

— ¡Eso me gustaría! Pondré toda mi atención y seré una buena

budoka... Además, ¡ya sé hacer el *yama raski*!

—No me digas —quedó estupefacto Pat Cranston.

—Sí, sí... Mira, ¿ves?, se agarra así al adversario, por la cintura, y se... se aprieta uno mucho contra él para que no pueda escapar. Luego ya bien seguro el adversario, se le mira a los ojos, y se va uno acercando, acercando..., hasta que los labios quedan muy cerca unos de otros, y...

—Esto... no es Tempestad en la Montaña —masculló Pat.

— ¿Quieres decir que lo estoy haciendo mal?

Pat Cranston tragó saliva. Sentía el cuerpo de Pamela pegado al suyo percibía su aliento, notaba su perfume delicado, y casi tocaba con su bocota los labios de la muchacha.

—Bueno —susurró—, lo importante es empezar a aprender. Lo demás... viene por sí mismo.

—Y ahora que te tengo en mi poder, a punto de proyectarte como si fueses un... un pelele... —susurró también Pamela—, contesta: ¿te quedarás a cenar y a desayunar y me llevarás mañana contigo a tu dojo?

—Si digo que no... ¿me proyectarás?

— ¡Lo haré!

—Caramba, no quisiera darme un batacazo semejante..., así que me quedaré a todo eso.

Verdaderamente, Pat Cranston se libró de una buena: nada menos que del terrible *yama araski.*

De todos modos, en cuanto besó los labios de Pamela Newman, comprendió que aquella noche iba a haber allí una formidable tempestad. Aunque no en la montaña, precisamente.

F I N





HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en Espana

Notas

[←1]

Joseky es el nombre que recibe el tribunal formado por altos grados de las artes marciales para examinar a quienes pretenden superar las pruebas de ascenso dentro de la las diferentes artes marciales.